



ALFREDO R. PLACENCIA
POESÍA COMPLETA

COMPILACIÓN Y PRÓLOGO DE ERNESTO FLORES



POESÍA COMPLETA

Poesía completa

ALFREDO R. PLACENCIA

Prólogo de
ERNESTO FLORES



Primera edición, 2011

[Primera edición en libro electrónico, 2014]

Placencia, Alfredo R.

Poesía completa / Alfredo R. Placencia ; pról. de Ernesto Flores — México : FCE, Conaculta, 2011

643 p. ; 23 × 15 cm — (Colec. Poesía)

ISBN 978-607-16-0624-2

1. Poesía mexicana 2. Literatura mexicana — Siglo xx I. Flores, Ernesto, pról. II. Ser III. t.

LC PQ7297

Dewey M861 P625p

Distribución mundial

Diseño de interiores y portada: León Muñoz Santini

Este libro fue publicado con el apoyo
de la Dirección General de Publicaciones de Conaculta



D. R. © 2011, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-0624-2 (rústico)
ISBN 978-607-16-4745-0 (electrónico-pdf)
ISBN 978-607-16-1259-5 (electrónico-epub)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

SUMARIO

PRÓLOGO	
<i>Para una resurrección de Alfredo R. Placencia, por Ernesto Flores</i>	9
<i>El libro de Dios [1924]</i>	153
<i>El paso del dolor [1924]</i>	207
<i>Del cuartel y del claustro [1924]</i>	261
<i>El vino de las cumbres [Póstumo, 1959]</i>	295
<i>La franca inmensidad [Póstumo, 1959]</i>	349
<i>El padre Luis [Póstumo, 1959]</i>	397

<i>Varones claros</i>	
[Póstumo, 1959]	459
<i>Tumbas y estrellas</i>	
[Póstumo, 1959]	503
<i>La oración de la Patria</i>	
[Póstumo, 1959]	537
<i>Bienaventuranzas</i>	
[Póstumo, 2001]	581
<i>Índice</i>	629

Prólogo

PARA UNA RESURRECCIÓN
DE ALFREDO R. PLACENCIA

ERNESTO FLORES

*Al licenciado Jorge Romero Orozco,
adjunto imprescindible en esta investigación*

*A María Luisa y Cuauhtémoc Vite,
a quienes debo el rescate de esta obra olvidada*

PRIMERA PARTE UN ROSTRO

Yo descendí hasta el alma de la noche
y en sus abismos me senté; aquí estoy.

Cuántos rostros. Unos delicados, con el colorido de los personajes botticellianos; otros fuertes, en mármoles, pertenecientes a los gladiadores romanos; o aquéllos, en piedra porosa, de los rígidos santos medievales. El rostro indiferente del doctor Gachet pintado por Van Gogh. Los rostros musculares e inexpresivos de los deportistas olímpicos. El rostro infantil del Senecio de Paul Klee. Rostros que son o que quieren ser o que fueron.

Cada rostro como una cera en que se marcó todo. Como un espejo que conservara todas las imágenes que reflejó. Como un ser que después de miles de metempsicosis conservara todas las vidas anteriores. Rostros de líneas o de texturas, rostros de expresiones o hermetismos. Se acumulan en cada vida, se arraciman, como cosas que nos pertenecieron o pasaron ajenas frente a nuestra ventana.

Un rostro, presionado entre unos y otros, lo tengo ahora en un viejo retrato que parece cada vez el de una persona distinta; un rostro en reposo que siempre nos confiesa, sin embargo, una vida dura e injusta. Es Alfredo R. Placencia, poeta y sacerdote.

Al fondo de este rostro pudo haber paisajes áridos y peñas como en los cuadros de Leonardo da Vinci. Este rostro pudo haber estado rodeado por los feligreses y por el rostro frío del arzobispo que aparecen en el políptico de San Vicente pintado por Nuno Gonçalves. Pero no. El fondo es oscuro y plano y hace resaltar el rostro inmóvil como el de un estofado de iglesia provincial.

El bozo redondeado y el pelo gris contrastan con el aspecto general de juventud. La boca gruesa acentúa la redondez de las líneas. El rostro en óvalo se inclina ligeramente hacia la derecha, como dejándose llevar por el peso de una idea. El rostro no registra

ningún destello en esos ojos apagados, de una tristeza incomparable, que no han perdido totalmente la firmeza, la confianza, la ilusión... Luego, ninguna otra línea se salva de la indiferencia en que él cayó. Acaso un rasgo voluntarioso en la boca y otro desvanecido en una sombra que pierde los extremos internos de las cejas gruesas y negras.

Nada parece interesarle ya, de su rededor, al hombre del retrato. Los ojos parecen ya no ver, carecen de fijeza. En esta imagen ya no es evidente la ternura del poeta, ni la lucha religiosa del sacerdote, ni la grandeza de espíritu del hombre. En cambio, sí, los vestigios de un aislamiento prolongado, lo mortecino de quien recibió el doble de los golpes necesarios para acabarlo.

EL HOMBRE DEL RETRATO

¡Oh Dios! ¡qué cosa difícil es ésta de creer!...

Transcurrió la vida de Placencia por poblaciones de Jalisco y Zacatecas: Nochistlán, San Pedro Apulco, Bolaños, San Gaspar de Jalostotitlán, Amatitán, Ocotlán, Temaca, Portezuelo, Jamay, Salto de Juanaacatlán, Acatic, Tonalá, San Juan de los Lagos y Valle de Guadalupe... La pobreza de Placencia fue creciendo y su soledad aumentó con la muerte de los pocos parientes y hasta la de sus perros domésticos, a los que amaba como a seres humanos.

En 1924 publicó en España *El libro de Dios*, *El paso del dolor* y *Del cuartel y del claustro*. (En este tiempo la máxima autoridad eclesiástica en la zona en que ejercía Placencia era monseñor Francisco Orozco y Jiménez, arzobispo de Guadalajara, y se aproximaba ya el conflicto religioso entre la Iglesia y el presidente Plutarco Elías Calles.)

De niño, Alfredo Placencia vendió periódicos para sufragarse sus estudios. Después de muchas penalidades logró ordenarse en 1899. También sufrió el destierro en los Estados Unidos (1923) y en República de El Salvador (1928). Finalmente volvió a San Pedro Tlaquepaque y Guadalajara, en donde murió en 1930.

En 1946 la Universidad Nacional Autónoma de México publicó una antología de poemas de Placencia, prologada por Gutiérrez Hermosillo: un ensayo valioso pero plagado de inexactitudes. Entre otras, fija una fecha de nacimiento equivocada, pues el poeta nació en 1875 y no en 1873, como se afirma en el prólogo. Habla de un viaje a Sudamérica en donde Placencia jamás estuvo. Menciona su relación con el poeta cuando éste frisaba los sesenta años, es decir cinco después de su muerte. Lo llama Alfredo Román y no Ramón, como se llamaba su padre, de quien adoptó la inicial.

En 1959 se publica la poesía de Placencia, que reunió el licenciado Luis Vázquez Correa, estudioso del poeta. En ese mismo año, durante el gobierno de don Agustín Yáñez, se inhumaron los restos de Alfredo R. Placencia en la Rotonda de los Hombres Ilustres del estado de Jalisco.

PLACENCIA Y LA INSOLENCIA GENIAL

En 1924 apareció en Barcelona el primer recuento poético de Alfredo R. Placencia. Su título, *El libro de Dios*, más que valiente, en ese tiempo se convirtió en desafío. Aquél era uno de esos momentos en que la inminencia de la persecución religiosa todo lo agravaba y era origen de paranoias. En este volumen está uno de los poemas representativos de Placencia: “Abre bien las compuertas”. En textos de la última década de su vida, salen a la superficie poderosas influencias bíblicas, sobre todo del Libro de Job. Fue cuando la pobreza lo había obligado a vender, uno a uno, los volúmenes profanos de su librero, exiguo viajero que recorría todos los pueblos a donde lo condujeron sus destinos sacerdotales. Al fin, el único libro que lo siguió, el obligado profesionalmente, la Biblia, se volvió su raíz poética.

“Abre bien las compuertas” combina dieciocho versos alejandrinos, cinco heptasílabos y un pentasílabo, distribuidos en tres cuartetos, dos quintetos y un dístico. Tenemos entonces presente

que el alma del autor es una roca, cerrada por las compuertas del llanto que purgaría el delito y que impide lavatorio y expiación. Placencia habla para sí y, encerrado, el delito brumoso queda inalcanzable a su lector. No pocas veces la ruptura de la piedra por la presión del agua, pese a explicaciones de la física, cobró impresiones de milagro. Aquí, proyectado en el plano espiritual, cobra una fuerza insospechada. Recordemos el parentesco del salmo 78, versículos 16 y 20: “Pues sacó de la peña corrientes, e hizo descender aguas como ríos...” y “De aquí ha herido la peña, y brotaron aguas”.

Al expresar así la lucha de roca y agua, de lágrimas liberadas por el Señor, Placencia, para establecer el enfrentamiento de hombre y divinidad, se materializa en un autorretrato, espejo roto en cuatro fragmentos: soy Tomás, soy Simón Pedro, Dimas soy y soy Zaqueo. Aclarémoslo: soy el incrédulo (Tomás), el que traiciona por cobardía (Pedro), el ladrón (Dimas) y (Zaqueo) el defraudador. Los dos últimos son en alguna forma equivalentes. Placencia se denigra sin temor (actitud opuesta a la del fariseo que abunda en su medio social). Nunca encontré retrato moral con tan recia capacidad de síntesis: especie de pirámide triangular con su polígono básico (Pedro, la piedra) y tres caras (Tomás, Dimas y Zaqueo) dirigidas hacia el vértice teológico. Entregado al enfrentamiento de agua-lágrimas y roca-alma, y creado el hombre autobiográfico del retrato, viene reclamación y exigencia:

“Tocad, que si tocareis, se os abrirá”, dijiste.

Por eso llego y toco,

y tus misericordias seculares invoco.

Señor: cúmpleme ahora lo que me prometiste.

Es otra vez la presencia de la Biblia, ahora el “Llamad y se os abrirá” del Evangelio de San Mateo 7:7; el “Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; tocad y se os abrirá” del de San Lucas 11:9; y el “Cansado estoy de llamar; mi garganta se ha enronquecido; han desfallecido mis ojos esperando a mi Dios”, del salmo 69:3.

La solicitud en Placencia se matiza con la insolencia genial de otros poemas:

¿Piensas poder más Tú...? Te desafío.
[“Lucha divina”]

Así te ves mejor, crucificado.
[...]
Quien acertó a ponerte en ese estado
no hizo cosa mejor. Que así te quedes.

Dices que quien tal hizo estaba ciego.
No lo digas; eso es un desatino.
[...]
¡Qué maldad, ni qué error, ni qué ceguera...!
Tu amor lo quiso y la ceguera es tuya.
[“Ciego Dios”]

Jamás hubo tal contundencia en un poeta al dirigirse a Dios, nunca tanta valentía ni parecida ternura. Porque estas disputas entre tierra y cielo en Placencia fueron siempre plenas de humanidad y magníficamente resueltas:

lucha conmigo, vénceme en la lucha
y a Ti no más te ame, Jesús mío.
[“Lucha divina”]

Aquí el poeta desafía a Dios mismo a que acabe con su amor a Él, y Placencia se juzga asombrosamente seguro de que Dios será incapaz de vencerlo. O este otro desenlace poético:

Si es tan sólo el amor quien te ha cegado,
ciégume a mí también, quiero estar ciego.
[“Ciego Dios”]

en el que, consciente de la conmovedora equivocación de Dios, equivocación por amor, quiere seguirlo en el acto amoroso de equivocarse.

La quinta estrofa de “Abre bien las compuertas” recapitula y el tono, habitual en algunos finales de este autor, es dócil y pleno:

Alza bien las compuertas, Señor; lo necesito.

Y reitera en su ruego tres versos después:

Abre bien las compuertas

que nos regresa al salmo 24:

Alzad, oh puertas, vuestras cabezas,
y alzaos vosotras, puertas eternas,
y entrará el Rey de gloria.
¿Quién es este Rey de gloria?
Jehová el fuerte y el valiente,
Jehová, el poderoso en la batalla.

Placencia cierra circularmente su poema con una confianza total:

El hilillo de agua, rompedizo y ligero,
¿cuándo no dio en la peña con algún lloradero...?

y hay un abandono del plano real de alma y lágrimas, para elegir el limpio plano metafórico de piedra y agua.

PLACENCIA EN JALOSTOTITLÁN

Era el granado aquel viejo ya entonces.
¿Qué mano lo plantó...? Todos lo ignoran.
Fue siempre ese un misterio
que, como tal, perdióse entre la sombra.

Y las granadas verdes todavía
por agosto y septiembre abren las bocas
y le muestran al sol, de quien se prendan,
las dentaduras jóvenes y rojas.

“El granado”

Estamos ahora en Jalostotitlán, Jalisco, pueblo donde nació el poeta. El primer sitio por visitar es la notaría, anexa de la Parroquia. En ella encontramos el acta de bautismo de Placencia, la cual aclara su fecha de nacimiento, ya que en varias publicaciones se ha dado equivocadamente como año el de 1873. A continuación transcribo el acta de bautismo:

En la iglesia parroquial de Jalos, a 17 de septiembre de 1875.

Yo, el presbítero Maximiano Villaseñor, de Licentia Párochi bauticé solemnemente, puse los santos óleos y sagrado crisma a Alfredo, nacido el 15 del actual a las 2 de la mañana en este lugar, hijo legítimo de Ramón Placencia y Encarnación Jáuregui

Al salir de la notaría, nos dirigimos al asilo de ancianos, situado en la parte alta de la población. La calle sube en forma violenta. Cuando llegamos al asilo se nos informa que la persona a quien buscamos, doña Sixta Aquino, murió hace unos cuantos meses. Doña Sixta fue la esposa de don Bartolo Casillas, a quien el poeta Placencia recuerda en “El buen Bartolo”, en el que también realiza un breve retrato de sus dos hermanos en su propia casa. En el texto, Bartolo cose siempre, desde el amanecer hasta la muerte. Pero nada

queda de doña Sixta Aquino. Ni sus papeles, ni siquiera sus muebles. Y por nuestra lamentable tardanza nos perdemos la oportunidad de hablar con esta mujer tan estimada en casa de los Placencia.

Llegamos al punto de partida en la existencia de Alfredo R. Placencia: su casa natal. Afuera hay una placa conmemorativa: “Casa donde nació el eximio poeta padre Alfredo R. Placencia 1875-1930”.

Entramos a la casa, que es antigua y pequeña. Han sido contruidos muros que cercan el terreno que vendió hace bastantes años la familia Rodríguez. Una señora, que hoy habita la casa, me informa que cuando vivieron los Placencia sólo había dos habitaciones: una grande y otra muy pequeña. Como ya vimos, Placencia alude así a la habitación mayor que todavía existe:

... La misma pieza,
que a la vez es dormitorio y es cocina y es taller...

La actual habitante de la casa nos dice que vive aún la hija de los señores Rodríguez, quienes fueron dueños de la casa cuando nació Placencia. Pero la señorita Alejandra Rodríguez Reynoso volverá de misa una hora después. Le pido a la señora de la casa que nos permita quedarnos un momento y ella accede gentilmente. Busco dentro de la propiedad el viejo granado que Placencia menciona en sus poemas, pero no lo hay. Me informan que cortaron el árbol y que éste se ha negado a morir del todo. Una señora me informa:

“El granado estaba ahí, donde ahora está encementado. ¡Y viera usted cómo se ha resistido! Van dos o tres veces que revienta el cemento”.

El resto de la construcción es reciente. Hay nuevas habitaciones. Los muros que la rodean fueron contruidos por el nuevo dueño. Hay un portalito cuarteado; nadie diría hoy que la casita fue antes una parte de un potrero en las orillas de la ciudad.

Alejandra Rodríguez

Mis papás fueron los dueños de esta casita cuando nació Alfredo. Uh, hubo un temblor y salió toda la gente a la calle. Decían, mi mamá y la mamá del padre, que se llamaba Chonita: “El niño de adentro”. Se asomaban y, mire, bien que se mecía el niño. Éso fue cuando nació. No había cunas como las de hoy. Hacían las cosas así: ponían un lacito amarrado donde se mecieran los niños, así es que los papás nomás los mecían desde sus camas. Y ahí estaba Alfredito, meciéndose.

Los Placencia eran pobres, muy pobres. También nosotros éramos pobres, pero mi papá era muy trabajador, y como que la fortuna le daba. Teníamos mucho en casa. Cosecha, mucha. Mucho ganado. Todo esto era corral, hasta allá abajo. Han salido cuatro casas de ese terreno. Decía mi mamá: “Aquí estaba el granado dulce en donde se sentaba el papá de él, don Ramón”. Se sentaba a remendar. Era sastre. A remendar pantalones y todo.

Mire, aquí todo esto era el corral de los becerros. Había vacas, una allá, otra acá, otras por allá. Vacas, seis u ocho. A los becerros los encerraba aquí o allá. Ah, y puercos. No, si esta casa estaba llena de turicatas.¹ No había separación de la casa de ellos y lo demás. Todo era un corral.

Cuando los Placencia, yo estaba muy chiquita, aquí era su casa. Cuando Alfredo era estudiante, venía y llegaba aquí de visita, con nosotros. Me acuerdo perfectamente. Nosotros les dábamos todo, porque todo había. Qué comer, lo que querían. Mi papá así era. Nos tenían muy abastecidos. Por botes de manteca, costales de harina, de dulces, de azúcar. Para que hiciéramos nosotros todo lo que quisiéramos. Así que nosotros diario andábamos haciendo pan, esquite, ponteduro, pinole. Ya ve, ya ve. De chiquillo, me acuerdo que llegaba el padre aquí y se asomaba. Llegaba mi papá y decía: “Este muchacho tiene hambre. ¡Méтанlo!”

Cuando Alfredito se fue a estudiar yo me imagino que ya iba

¹ Turicatas: garrapatas.

grandecito, como de quince años, diez, doce, por ahí. Porque ya después venía de estudiante, yo estaba más grandecita y me gustaba verlo porque era muy simpático. Era chatito, con un color rosa, así de esos bonitos, de éstos pero muy bonitos. Y me gustaba verlo: “Ay, mírenlo, qué simpático”. Tenía un hermano que era soldado, Higinió, era ése su don. Y una hermana que murió como santa, Cristina.

Ya que se ordenó, todavía venía el padre Placencia. Pero su primera orden, o una de las primeras, se la dieron en un pueblito: San Gaspar de los Reyes. Entonces él venía aquí con nosotros. Y nos platicaba de las costumbres tan pésimas de San Gaspar: “Ay, ahí hay gente bruta que necesita de veras bautizarse. Salen los Viernes de Cuaresma con unas bateas de conservas. Vestidos con unos chemales –unos que se usaban con los pantalones hasta aquí– y bailaban. Bailando llegaban a las casas de las personas:

Señor san Isidro Labrador,
padre putativo de Jesús, María y José,
nomás un jalón te faltó
para ser virgen y madre de Dios.

Éso nos platicaba el padre. Qué cosa tan hereje. Herejías... pos sí. Nomás que los confesó el padre. “Señor san Isidro Labrador...” Y baila y baila. Luego les daban el plato de conservas. Imagínese lo. Cantando en Cuaresma. El padre nos lo enseñó. El padre Placencia. No se me olvida.

Venía, sí, de San Gaspar, con mi papá, a mi casa, porque éramos diez de familia. Era una bola de gusto. Pero en nuestra casa, no en la calle. Sólo de eso me acuerdo. Nomás de cuando estuvo en San Gaspar. Ya después no, ¿para qué voy a decir más? Pero, de San Gaspar ya venía padre. Muy simpático que era el padre. Muy simpático, lo estoy viendo. Como estarlo viendo... Se parece al padre que cantó la misa ahorita: chatito, de los salesianos. Un chatito simpático de un color muy bonito. ¡Me gustaba verlo! Por tan simpático.

Aquel granado, el de su papá... Debajo del granado se ponía. El

del pozo. Es el que tumbaron. Estaba junto de ese granado que está en mi casa, mírelo por encima de la barda, allí. El granado agrio y el granado dulce.

Don Ramón se fue a Guadalajara. Ya ve que la pobreza trae muchos pensamientos: “A ver si allá puedo hacer fortuna. A ver si acaso yéndome a Guadalajara”. Muchos se van. Y a unos les va bien y a otros mal.

SEGUNDA PARTE DESTINOS SACERDOTALES*

NOCHISTLÁN (1899-1903)

Nochistlán es otro de los pueblos cuyas riquezas —y por consecuencia, su población— descendieron desde la época en que Placencia ejerció allí su ministerio. Hay un modesto soneto, obra juvenil de circunstancia, que titula “Nochixtlán” y dedica a *José de Jesús Ortiz*, arzobispo de Guadalajara.

Busqué por todo Nochistlán y no encontré sobrevivientes que recordaran al poeta, quien al llegar tenía sólo veinticuatro años y cumplía un temprano destino sacerdotal. Busqué en el libro de gobierno en la notaría y no existe noticia de su arribo. Placencia firma su primer acta de bautizo el 1º de octubre de 1899 y permanece en este poblado hasta principios de 1903.

SAN PEDRO APULCO (1903)

Uno de sus primeros destinos fue San Pedro Apulco, a donde llegó el 3 de febrero de 1903; en este sitio permaneció hasta el mes de mayo. La orden que dispone su traslado a Bolaños se firmó el 6 de

* Cronología de estancias: Nochistlán, Zacatecas (15 de octubre de 1899); San Pedro Apulco, Zacatecas (3 de febrero de 1903); Bolaños, Jalisco (mayo de 1903); San Gaspar de Jalostotitlán, Jalisco (28 de octubre de 1903); Parroquia de Jesús, Guadalajara (26 de diciembre de 1904); Amatitán, Jalisco (15 de noviembre de 1906); Ocotlán, Jalisco (8 de marzo de 1910); Portezuelo, Jalisco (28 de julio de 1912); Jamay, Jalisco (10 de agosto de 1913); El Salto de Juanacatlán, Jalisco (14 de marzo de 1914); Acatic, Jalisco (17 de noviembre de 1916); Tonalá, Jalisco (18 de mayo de 1918); Atoyac, Jalisco (24 de enero de 1920); San Juan de los Lagos, Jalisco (17 de julio de 1921); Valle de Guadalupe, Jalisco (21 de agosto de 1922), Penitenciario del Sagrario Metropolitano de Guadalajara (diciembre de 1922); destierro en Fillmore, California, de ocho meses y en Santa Paula, California (16 de septiembre de 1923); regreso a Guadalajara (18 de septiembre de 1924); Long Beach, California, durante 2 meses y 11 días (principios de 1928); enfermedad de dos meses en el sanatorio de Antigua Guatemala (1928); destie-

abril de ese año; el arzobispo de Guadalajara dispuso que el sacerdote se dirigiera a Bolaños para ayudar al cura Francisco Hernández. Medio siglo después no localicé contemporáneos de Placencia entre los lugareños.

BOLAÑOS (1903)

Placencia estuvo en Bolaños de mayo a junio de 1903. Población árida, pétrea, lo hace sufrir su soledad que identifica con la del pueblo serrano. Nada queda de su paso por la zona, como no sean dos poemas, “Bolaños” y “Los lloros juntos”.

SAN GASPAR DE JALOS (1903)

María Cruz Becerra

El padre Placencia era de mediana estatura, no grande, no chaparro, gordito. Blanco. Muy generoso. No era enojoncito, al menos en el tiempo que yo lo conocí nunca nos regañaba. Cuando llegó estaba nuevecito. Se veía pobre, no de a tiro de a tiro, como de mediana condición. Yo todavía no tenía la edad para ser Hija de María en ese tiempo. Yo no hice la primera comunión con él; la hice con el padre Ausencia, estaba yo chica, de seis años; cuando vino el padre Placencia yo ya había hecho la primera comunión. Venía con su mamá, creo, una señora, no me acuerdo cómo se llamaba. Pero sí la conocía, porque nomás ella venía; no le conocí papá. Chaparrita, redondita; bueno, de cuerpo regular, no tan chaparrita. De cara un poco redonda. Creo que Chonita se llamaba. Muy generosita, quién sabe, poco la frecuentábamos. Había doctrina, la daban varias señoritas. En esa época no nos daban regalos, ahora sí les dan, entonces no. Entonces nomás eran muy atentas.

Nunca fui a la casa del padre Placencia. Pos nomás salíamos de rro en Usulután, República del Salvador (1928); San Pedro Tlaquepaque (6 de julio de 1929); muerte en Guadalajara (20 de mayo de 1930).

misa y nos veníamos al barrio. Vivían mis padres entonces. San Gaspar era un pueblo muy pobrecito: jcales con órganos toda esta calle.

Estaba otro señor, el padre Ausencia que se llamaba, un delgadito. Enseguida vino el padre Alfredo. Una calle así, larga, larga, llena de zacate. Sacaban en procesión a Nuestro Señor cuando era Semana Santa, desde por allá de aquella calle. El templo estaba en compostura. Ahora ya está mejor, lo han compuesto más los sacerdotes. El de entonces, me acuerdo que era así, de techito de ladrillo. Ah, todavía no venía el padre Alfredo, era el padre Ausencia que a la parroquia le puso ladrillito, tanto que había muchos de esos ratones feos que les dicen... Muy sucio allí. O la gente sería más pobre o no le hacían más lumbre que activara. Ora está tantito más de verse. El templo era una casita así como ésta. La azotea de ladrillito arriba, nomás. Después lo quitaron y le pusieron una cúpula de unos cantaritos que están boca abajo todos.

Yo no le conocía a nadie más que a su mamá. Sí, me confesaba con el padre Placencia. A mí se me figuraba que sería bueno, yo estaba chica... no tan chica.

Petra Valdés Villalpando

Ah, pos sí me acuerdo de él. Pos gordo, no mucho, no como usted, usted está más. Donde iba muy de seguido era con mi abuelito, el papá de mi mamá, y tenía un retrato grande, todavía debiera yo de tenerlo, pero cuando la Revolución, cuando mi abuelito estaba allá en un rancho, llegaron los pelones... El padre Placencia era muy amigo de mi papá grande, era abastecedor, segador de frutos. Se llamaba Feliciano Villalpando. Cuando estuvo en Temaca sí vino dos veces aquí, a la casa. Pero pos no, ya muerto, no, no... Mire si uno debió cuidar las cosas... Más bien estando enfermo, dos veces vino de Temaca. Hasta a mi papá grande lo llevó y allá duró quince días con él.

Sí, el padre era muy alegre. Bromista. Con mi papá grande se llevaba muchísimo. Un día le dijo: "Ándale, Chano, tírese un balazo". Y luego le dijo mi papá grande: "No, yo no; yo no ando tirando balazos", y se fueron allá a ver si hallaban conejos, y se tiró un bala-

zo. Luego dijo mi papá Chano: “Ahí está su pistola, yo para qué la quiero”, y la tiró para otro lado. Luego él fue: “Ándale, levántala; a poco la levantas con un palito”. Era muy bromista con él. Pero no, como le digo, de todo pos ya no me acuerdo. Luego, cuando estaba aquí, yo todavía estaba muy chica. Después vino dos veces de Temaca. Cuando se llevó a mi papá grande, lo vino a traer. Venía a caballo.

San Gaspar, cuando vino el padre, tenía unas dos o tres casillas allá. Por las orillas había jacales. Cuando vino él yo creo que sería pobre; era huérfano, nomás tenía mamá. Vino aquí su mamá. A doña Chonita sí la conocí. No le sé decir cómo era. Soy mala fisonomista. Ni de su trato, no me acuerdo nada de ella.

Yo iba al catecismo. Nos lo daba una señorita. Se llamaba Manuela Ríos. Pero el padre no. Al padre le gustaba como endenantes: le gustaba tirar balazos. De cacería. Eso sí le gustaba.

Llegué a ir a su casa de aquí. Tenía una librería grande. Se me hacían muchos libros. Visitaba a todo mundo. Fuera quien fuera. Y salía platicando con todos. Allá en el rancho sí iba, a Santa Isabel, a donde vivía mi papá grande. Su rancho.

Sé que era poeta. No me ha platicado nadie que le haya dejado algo suyo. No se fija uno de chico. Y luego ya hace mucho, y no estuvo tanto. Luego se fue y vino el padre Silvestre, o no, el padre Padilla. También el padre estuvo allá en Temaca, ¿verdad?

Un hombre en la tienda

Yo soy de 1892. El padre Ausencia estuvo aquí en 1900, hizo el aniversario aquí. Yo tenía ocho años, poco me acuerdo de él, pero después sí, ya tenía yo los trece o catorce años cuando estuvo aquí el padre Alfredo, señor Alfredo Placencia. Éste fue el siguiente de don Ausencia, porque aquí no había padre, ni de catedral siquiera. El padre don Ausencia fue el que vino aquí por primera vez.

El padre Placencia era un chaparrito, gordito. De la estatura suya, sí. Era gran amigo de don Feliciano Villalpando. Don Feliciano era un hombre vulgar, un hombre ranchero, mal hablado, que usaba la maledicencia como qué. Nomás que era un hombre caritati-

vo también, eso hay que ver. Ese hombre aquí pa San Gaspar dio casi todo lo que tenía.

En 1903, el padre Ausencia fue el que hizo la primera bóveda. El padre Placencia trabajó en el templo. Cómo no, si todos estuvimos trabajando aquí. Yo entonces venía a trabajar metiendo mezcla abajo, en los cimientos. No, qué albañil ni qué nada, me metían a escarbar cimientos y con unos varejones largos a meter entre las piedras la mezcla, ¿verdad? Entonces no se usaba cemento ni se usaba nada, pura cal y mezcla.

El padre Placencia se veía más bien gente humilde, pero yo no lo sé; cómo le voy a dar un detalle que yo no sé. Se veía más bien que era gente humilde. No diré que sería muy pobre, pero... de esos hombres ninguno es pobre. Esos hombres son como los gatos, donde quiera caen parados. Todos. Desde el más seminarista. Ya se pone una batita negra y “Válgame Dios, es el padrecito”, aunque no sea nada. Por eso le digo que esa gente así es, la avientan y cae parada.

Organizó una música aquí, quiso organizarla pero no tuvo tiempo. Aquí había muchos muchachos que empezaban. Ya murieron: el difunto Genaro Gutiérrez pues ya murió en su cuerpo, que fue el que encabezaba; y otro que le decían... no me acuerdo, se llamaba don Luisito. Y éstos eran los que encabezaban la música. Cuando yo ya me fui de aquí pos no le doy razón ninguna, ¿verdad?, pero sí, en 1902, en 1903, todavía estaba aquí. Como le digo, él nomás quiso organizar la música, pero siguieron los demás. Después vinieron otros y la organizaron de todas maneras, ya que se había ido el padre Placencia.

No era pueblo entonces, no señor, ni pa' qué imaginarse uno. No había diez casas. No había iglesia aquí, era una capilla, una troje como ésta que está enfrente; con madera como ésta, mire, pa' acabar pronto.

No tenía bóveda. Una sola pieza chiquita. Y después que vinieron el padre don Ausencia y el padre don Alfredo, de allá de aquella parte trajimos la piedra que toda está puesta ahí, porque allá era una iglesia grande, vieja ya, no tenía techo ni bóveda, nomás muy grande, era de una calle a la otra, para hacer ésta. En 1901 se hizo la pri-

mera bóveda de la sacristía; ahí está marcada por cierto todavía a espaldas la fecha. Y en 1902 y en 1903... Yo creo que el padre don Alfredo estuvo aquí a fines de 1902. No estoy seguro de la fecha porque en esa época ni yo ni nadie teníamos la precaución ni siquiera de apuntar porque no sabíamos; nadie sabía apuntar un número, pa' acabar pronto.

Hice la primera comunión con el padre Ausencia. Yo me arribaba aquí por lo menos cada año. Porque yo no vivía mero aquí en San Gaspar, yo vivía en un rancho que está aquí cerca: Tateposco. Por eso es que me doy cuenta de que aquí estuvo y era íntimo amigo. Entonces le gustaba jugar volados con los chamacos para que agarraran centavos. Adrede les llamaba: "Anden, muchachos, a ver quién gana más". Salía a la calle a jugar, a divertirse.

No era ni muy serio ni muy alegre, una cosa regular. Un hombre de gente humilde. Entonces nos juntaba a todos, risueño con nosotros, claro; pero era serio. Porque esos hombres, de todas maneras tienen el sistema de ser serios y cordiales con todo el mundo. Válgame que si era bueno.

Ahí vivía en el curato, estaba un cuartito que ahora ya es un salón grande. Anteriormente era un cuarto nomás para los sacerdotes. Y ahí vivía. Todo lo demás eran caballerizas, eran corrales horribles. Entonces, se puede decir, no había curato. Eran puros escombros. En ocasiones estuve ahí, en ejercicios.

Otro hombre

Conocí a doña Chonita, anciana, ya maciza. Blanquita. Aquí nunca se enojó el padre Placencia, no señor. Un hombre humilde. Hubo muchos que se superiorizan, que quieren sobajar a la persona. Pero no, ése no. El padre Ausencia era una gente humilde, una gente bien llevada. Y el padre Alfredo también; nunca se le notó nerviosidad. Porque hay entre los sacerdotes, hasta en eso se malicia luego luego... En una confesión con un sacerdote se conoce si es nervioso o no. Al padre Alfredo nunca le notamos, digo, yo nunca le noté ningún alteramiento.

CAPILLA DE JESÚS DE GUADALAJARA (1904-1906)

La primera sorpresa que me encontré en las actas de bautizo de la capilla de Jesús fue que Placencia fue precedido por el presbítero José Isabel García, con quien tendría dolorosas dificultades en 1922, durante su estancia en Valle de Guadalupe. Podemos sospechar que tal vez hubo entonces la premonición de futuros distanciamientos, aunque hoy resulta difícil ir más allá de meras suposiciones.

Según las actas de la Capilla, hay registro del padre desde el 4 de diciembre de 1904 hasta el 15 de octubre de 1906. Por un oficio eclesiástico, sabemos que el padre llegó a esta capilla luego de ser notificado en noviembre de 1904. De la misma manera, existe un documento en el cual se dispone una breve suspensión a Placencia para cumplir con un encargo del arzobispo de Guadalajara. Fuera de estos documentos, no queda ninguna huella del paso del poeta por este sitio.

AMATITÁN (1906-1909)

La primera acta de bautizo firmada por Placencia en Amatitán, el 15 de noviembre de 1906, fue la del niño Avelino Ibarra Tenorio; y finalizó su trabajo en el pueblo el 26 de noviembre, cuando firmó el acta de bautismo del niño Daniel Ontiveros Hernández. Después, hay varios documentos con un espacio vacío en el lugar de la firma de Placencia, lo que se debe quizás a que se levantaron las actas hasta después de su partida. El 31 de diciembre de 1909 está fechada la última.

La estancia en Amatitán, bajo la égida del señor Luis Navarro, cura de Tequila, le proporciona amistades literarias y reuniones culturales cada semana. En ellas, se leen poemas de Placencia y del superior religioso. Constituye uno de los destinos más amables en su vida. En este sitio escribe uno de los escasos poemas en que se manifiesta el sentido del humor, el cual desaparecerá para siempre. La protección de su superior y el interés en la publicación de una modesta revista son suficientes para que su vida se aclare. El humor, no

emparentado con el tema del dolor que caracteriza la poesía del poeta de Jalostotitlán, sale a flote en el poema “Viernes Santo”. Navarro solicitó en tres ocasiones a Placencia, quien estuvo bajo su jurisdicción, y esos tres destinos fueron para el poeta los más felices.

Es obvio que Placencia padecía en esta etapa una hipocondría que no deja de ser divertida: enfermó de la vista y tuvo la obsesión de una inminente ceguera. Consiguió entonces varios perros a los que logró adiestrar para que más tarde le sirviesen de lazarillos. Escribe entonces varios poemas (“Menelik, el buen perro”, “El gran perro de bronce”, “El perro del Sena” y “Meritísimos perros”).

Carlota Torres Ibáñez, viuda de Ortiz

Yo no era de las Hijas de María, mis hermanas sí. No me acuerdo de los años que duró, pero de él sí. Era muy listo y alegre y componía muchos versos. Yo tenía unos, pero en ésas que anda uno pa’ allá y pa’ acá... y luego dice uno: “Pos se perdieron”. Unos versos que compuso a las Hijas de María. Era muy afanoso en la música. Les ayudaba a tocar a los músicos. No me acuerdo qué instrumento tocaba. Ya ves que no se fija uno. Entonces estaba un maestro que se llamaba Filogonio Gómez, muy listo. Tenía su música muy bien ordenada y a él le gustaba mucho acompañarlo. Nomás que no me acuerdo qué instrumento tocaría él. Filogonio era el director de la música. Tocaba allí en la plaza. Había un kiosco muy bonito y allí tocaba la música en la serenata, como se acostumbra a veces, cada ocho días. A él le gustaba tocar. Y les componía muchos versitos.

El padre no era muy alto. Era un poco ponchadito, pues, gordito. De carita redonda. Ojón, ojo grande, cejudo. Constancia, mi hermana, lo tenía también retratado solo. No vive. Murió de ochenta años, hace diecisiete, dieciocho años. Yo ando en ochenta y dos.

Le gustaba organizar lo de las Hijas de María. Y sus cosas que les toca ahí en el templo. Era muy asistente allí. Muy listo. Aquí él era la única gente que escribía versos. El poema que escribió a las Hijas de María hablaba de la Santísima Virgen y de las obligaciones de ellas y el comportamiento que debían tener, ¿verdad? Y asisten-

cia. Sí, asistencia; había muchas Hijas de María. Sí, estaban muy acomodadas entonces. Y él trabajaba muy bien con ellas. El padre cantaba muy bien. Solo no lo oía, sí con la gente. Cantaban en las reuniones que hacían con don Abraham. Oyes, ¿sabes a quién le debe de haber dejado el instrumento? A Avelino González, pero ¡uh!, él murió. Era de los mejores, don Avelino. Era muy amante de juntarse. Amistad y la música. Tocaba en la serenata cuando tenía tiempo. Pero no desatendía... Pero ya de ese instrumento nadie le da razón. Como era cosa muy buena, ¿quién sabe qué fin tendría? Tanto año que pasa.

OCOTLÁN (1910)

Don Luis Vázquez Correa publicó como fechas de llegada a Ocotlán el 8 de mayo de 1910. Y precisa como el día de su arribo a la siguiente ciudad, Temaca, el 16 de julio de ese mismo año. Varios de los libros de esa época desaparecieron de la notaría durante la etapa de la Revolución, por lo cual se hace difícil toda investigación local. Sin embargo, encontré en los libros de bautismos de Ocotlán varias actas que podrán orientarnos.

La primer acta que firmó el padre Placencia del 10 de mayo de 1910, con motivo del bautizo del niño Miguel, hijo de Miguel Rodríguez y Eduwiges Macías, que había nacido el 8 de mayo. La última, del 18 de junio de 1910, fue para el niño Francisco, hijo de Isaac Lupián y Fermina Cervantes, nacido el 16 de junio.

Placencia estuvo, como vemos, alrededor de un mes y diez días viviendo en Ocotlán. No se tiene, que yo sepa, ninguna noticia sobre los motivos de tan breve estancia. Apenas unos bautizos, algunas ceremonias más y parte intempestivamente. Posiblemente nadie sabe ya, tal vez nadie lo sabrá, si hubo motivos fuera de los tradicionales de interés puramente clerical, para que Placencia fuera destinado al lejano Temaca.

Es el año del asesinato de Madero. Se inician ya todos los movimientos armados. Ocotlán será, desde casi todos los puntos de vista,

una etapa en blanco en la vida del poeta. Conocidos los estados de ánimo del Placencia de los tres años en Amatitán y más tarde del Placencia de los dos años en Temaca, podemos suponer, con alguna ligereza, que no fue distinto ese mes en Ocotlán. Se trata de un lustro fértil, uno de los más ocupados por poemas largos. Abundan los sonetos o los más frondosos tirajes de endecasílabos. Se trata de una de las etapas en que destaca su academicismo y su actitud insistentemente oral.

Nuestro deambular por las calles de la hoy próspera Ocotlán fue inútil. Nadie recuerda al sacerdote de 35 años que sólo permaneció un mes en el pueblo. Ningún anciano tiene la más remota idea de Placencia. Parece que la reciente riqueza del pueblo pasó y se llevó el viejo tiempo.

TEMACA (1910-1912)

Sólo Dios sabe cómo voy subiendo esta cuesta
de Temaca.

“La cuesta de Temaca”

Hay en la peña de Temaca un Cristo.

Yo, que su rara perfección he visto,

jurar puedo

que lo pintó Dios mismo con su dedo.

“El Cristo de Temaca”

Temaca fue uno de los pueblos que más amó Placencia. Población pequeña situada a pocos kilómetros de Villa Obregón, en la actualidad tiene menos habitantes que en 1910, debido a que ahora algunos no encuentran ya ningún aliciente para vivir en ella.

Son hoy conocidas las fuentes de aguas termales de Temaca y alguna vez llegan peregrinaciones hasta el Cristo, a pesar de no haber caminos adecuados. Hay también montañas de cantera rosa que nadie ha explotado en forma regular.

El centro de todo movimiento es actualmente el sacerdote,

quien, medio en serio y medio en broma, dice: “Yo no soy poeta. ¿Quién sabe por qué me habrán mandado hasta acá”. Precisamente por él supimos que en la iglesia no hay libros de bautizos, decesos o de ley, sino a partir de fechas muy recientes. En cambio, el padre de Temacapulín nos muestra la sección vieja, en que vivió don Alfredo R. Placencia, y los retratos del poeta, por quien el pueblo guarda una profunda veneración.

En la sección vieja del curato se dan hoy las clases de religión a los niños temacapulinenses, a quienes me encuentro repasando a ritmo bien marcado un credo a gritos. El padre me recuerda dos versos de “El cementerio de Temaca”:

Abierta mi ventana de hojas azules que da al oriente
voy a cumplir dos años de verlo casi de hito en hito.

Y me señala: “Ésta es la ventana. Desde aquí se veía el cementerio viejo con sus esculturas blancas y sus cruces. Ahora ya no, como usted ve; levantaron el muro de la casita de enfrente y eso lo tapa todo. Éstas son las habitaciones del viejo curato. Todas dan a la calle”.

Algunas partes, desde la esquina, carecen de techo. Los muros descubiertos se han cubierto de musgo.

“La iglesia es nueva; es lo único nuevo del pueblo. Es de la canteira rosa de aquel cerro. He tratado de que se explote, pero todavía no se llega a nada. Faltan caminos. La brecha que hay es insuficiente. Las aguas termales quizá podrían convertirse en una fuente de turismo.” Caminamos por las calles estrechas de Temaca y pasamos por los baños de aguas termales. Cercanas, abundan las lavanderas. Vamos en busca del Cristo de Temaca que Placencia hizo famoso. Es una formación natural de piedras y líquenes que manchan, sobre las que cae un chorro de agua. Una figura humana de brazos elevados, rodillas semidobladas y cabeza caída hacia un costado. El sacerdote nos informa que este Cristo fue descubierto por una india, según se cuenta: “El Cristo se ve desde lejos, pero si usted se acerca, el Cristo se convierte en una serie de piedras, manchones y chorros de agua. Sin embargo,

hace más de sesenta años Placencia escribió textos que confirman que él descubrió detalles en la imagen borrosa que nosotros vimos”.

Quizá para el ojo de Placencia el manchón cobró profundidad. Tal vez supo comprender un relieve que en parte pasó desapercibido para los demás espectadores y, sin embargo, alcanzamos a descubrir la fuerza de la silueta:

retuerce el Cristo músculo por músculo
y parece que llora.

Es a esta imagen a la que se dirige Placencia en busca de consuelo cuando muere doña Encarnación, su madre, en 1910, luego de una separación obligada por el clero.

Placencia llegó de Ocotlán a Temacapulín en 1910. En el libro de gobierno, en Jalostotitlán, encuentro este oficio:

Un sello: Gobierno Eclesiástico del Arzobispado de Guadalajara. Señor cura D. Pedro N. Rodríguez. —Jalostotitlán.— Con esta fecha he nombrado vicario de Temacapulín, de esa parroquia, al P. D. Alfredo R. Placencia, quien se pondrá a la disposición de Ud. y recibirá las instrucciones convenientes para el desempeño de su ministerio.— Dios Nuestro Señor guarde a Ud. muchos años. Guadalajara, junio 28 de 1910. Rúbrica de José de Jesús, arzobispo de Guadalajara.

La primer acta de bautismo que firmó Placencia en Temaca, fue del 10 de agosto de 1910; y la última, fue la que levantó a María Elisa, hija legítima de Agripino Vallejo y de María Refugio González, el 18 de junio de 1912.

Secretario de la Delegación Municipal

El padre Placencia me decía que no me fuera a los Estados Unidos, porque los que iban allá cambiaban su pensamiento en cuanto a religión; que había algunos que se hacían protestantes, masones, que dejaban su catolicismo. Que mejor no me fuera, pero que si me iba

que no hiciera eso y que de allá le escribiera. Y recién que llegué, luego, el primer mes le escribí y me contestó dándome los mismos consejos. Que no fuera a cambiar mis costumbres por las de allá, que eran malas, que eran protestantes todas, que no me fuera a creer yo de eso. Yo le contesté que no, yo para mí, no, no tenían interés esos asuntos, yo iba a trabajar para ayudar a mi familia. Cuando el padre Placencia llegó a Temaca, yo no sé decirle, se veía... muy pobre no, ni rico tampoco; tenía para sus salidas nomás. ¿Propiedades? Tuvo después de que yo me fui. Fue el propietario de unas huertas que están ahí al pie de la peña, donde está el Cristo ése de su poesía. Y me han platicado que acostumbraba ir ahí a una piedra muy grande a sentarse, a leer, a estudiar —sería a leer su oficio— y a escribir. Yo creo que ahí escribió la poesía del Cristo de la peña.

El padre vivía en la casa que todavía le llamamos curato, ahora casi están destechadas las piezas y el corredor. Lo asistía la criada que trajo cuando vino aquí; se llamaba María. Fue una señora ya mayor de edad y se miraba un poco enferma. Era como de unos cincuenta años, cuando menos. Una señora grande que les había servido a él y a su mamá.

Agresivo, no. Sólo que lo haya sido en otro lado, cuando más joven. En otro lado pudiera ser que sí. Aquí no llegó al caso de que llegara a tener disgusto grave con nadie. Nunca. Digo, en el año en que yo estuve sirviéndole, yo no supe que tuviera disgusto con nadie, con nadie. Lo que sí, era fuerte en sus sermones. Sí, regañaba macizo. Iba contra las costumbres de la gente, contra todos.

Él en lo que estaba entonces muy entretenido era en el trabajo del templo, porque estaba caído. Es decir, se había tumbado una parte y lo estaban reconstruyendo. Tanto, que a mí me tocó trabajar ahí porque él me puso a trabajar como media cuchara, de albañil, sí, junto con un hijo del maestro que él trajo de Lagos de Moreno. Don Cipriano se llamaba el maestro, yo no recuerdo cómo se apellidaría. Y tenía un hijo que se llamaba Felipe y otro Loreto. Y el Felipe ya trabajaba como albañil y era como de mi camada, así es que él y yo trabajábamos juntos. Tanto que entre cuatro hicimos una bóveda en

un día: el maestro un cuarto; otro albañil que había aquí en el pueblo, se llamaba Juan Jiménez o Juan Galarza, que falleció ya, otro cuarto; Felipe otro; y otro yo. Se había ido el maestro don Cipriano, con todo y su familia, para Lagos porque esto fue en junio, cuando ya iban a entrar las aguas. Yo me quedé dándole los derrames a la bóveda que habíamos hecho y a poner la canal. Y el padre me decía que no me fuera, que tumbáramos la pieza de la esquina del curato que estaba cuarteada y en malas condiciones.

“Tumbamos esa pieza y ahí te diviertes — me dijo —, levantándola mientras viene el maestro de vuelta, y tú sigues trabajando ahí.” Pero yo quería reunir el dinero para comprar una casa para mi familia, mi mamá, mis hermanas, y por eso me fui siempre. Cuando me fui, ya no supe más de él.

La mamá del padre se echaba sus copitas, él no. Tenía pocos libros. Los tenía en su biblioteca. Pero yo consideraba que eran los libros de su estudio, ¿verdad? Tendría unos cincuenta o sesenta. Quizás llegarían a cien. Los tenía acomodaditos. Es cosa que no recuerdo claramente por lo mismo que acabo de decir, que yo era un muchacho que le servía.

Su huerta de aquí no era muy grande. Importante sí era. Tanto que estoy por medirla en estos días. La propietaria de ahora me ha dicho que quiere que la mida. Ahora yo me dedico un poco a eso. Allá en los Estados Unidos aprendí con el mismo padre don Wenceslao Silvestre. Y en los Estados Unidos trabajaba yo junto con los ingenieros algo respecto a eso de las medidas, la construcción de los edificios y ahora me he dedicado a la topografía. La huerta es como de una hectárea sembrada. Tenía naranjos, pocos. Tenían riego de la misma agua de los manantiales de agua termal que hay aquí. Con esa misma agua regaban y riegan, hasta la fecha. Si pasan ustedes para allá a ver, pueden ver los baños, las albercas que hay ahora, que han construido, pueden ver el Cristo.

No hay fotografías del Cristo. Yo no he visto que se hayan ocupado. Y creo que deben salir muy borradas, porque la figura del Cristo es del color de la peña y no está resaltada del color sino que

es como una mancha nomás. Le dieron el nombre de Cristo, porque tiene los brazos elevados y, por lo mismo, lo llamaron el Señor de la Ascensión, porque los brazos no están extendidos sino juntos, un poquito juntos, como en la cruz, más bien están como he visto a la imagen de la Ascensión. Uno de los brazos ya ahora está un poco borrado por un chorro de agua que tiene arriba de la peña y que lo ha manchado.

Al padre le gustaba salir al campo. Pero reuniones de gente que hubiera sacado a paseo, no. Al río era a donde iba a bañarse acompañado de algunos vecinos, amigos, dos o tres hombres y otros tantos muchachos, y poca gente. Íbamos ahí a ese charco de Morones, que le llaman, a dejarse ver, a echarse un brinco al agua, bañarse, nada más.

Temaca es pobre desde entonces. Acuérdesse que el padre lo menciona en “El Cristo de Temaca”:

[...] el poco pan de sus cabañas
o el llanto y el dolor con que lo mojan [...]

PORTEZUELO (1912-1913)

¿En qué se piensa
cuando en el alma se desploma el caos?
Una noche infinita,
con su mortal gravitación de roca [...]
[...]
En ella entremos.
A nosotros toca
saber lo que esa noche entraña y grita.
“El paso del dolor”

Alfredo R. Placencia estuvo en Portezuelo, Jalisco. Era entonces un sacerdote de treinta y siete años. Sin embargo, este pueblo no dejó recuerdos en el autor de “Ciego Dios”. Un oficio firmado el 17 de junio de 1912, del arzobispado de Guadalajara, lo nombró vicario

de Portezuelo en sustitución del cura Marcelo R. Aguilar. Es extraño constatar que este oficio fue firmado por el señor José de Jesús Ortiz, apenas doce días antes de su muerte. Años antes Alfredo R. Placencia había dedicado un soneto de circunstancia al señor Ortiz, titulado “Nochixtlán”. Más tarde, para sustituirlo, fue nombrado arzobispo el señor Francisco Orozco y Jiménez.

Quedan en Portezuelo muy pocas personas que conocieron a Placencia. Desgraciadamente, Portezuelo es una población que, a estas alturas,¹ carece de luz eléctrica. Debido a esto, las entrevistas no fueron grabadas, sino tomadas al vuelo de la pluma, bajo la escasa sombra de los árboles de la plaza central. Mientras tomaba los apuntes, pude ver que Portezuelo es un pueblo abandonado a su suerte, como Temaca, San Gaspar y quizá Bolaños. Todas las calles son muy rectas y están empedradas con pedruscos picudos que impiden el rápido desplazamiento de los fuereños. Se ve algún portal estrecho y de poca longitud. La placita central está rodeada de casas viejas construidas muchas de ellas en adobe. Se ve poco movimiento comercial y el tránsito es casi nulo. Es una población silenciosa. Un grupo de feligreses entra en la iglesia para los servicios del Jueves Santo.

Destaca, frente a todas estas construcciones, la nueva iglesia, flanqueada por dos iglesias en ruinas.

Este viaje me sirvió para saber que la estancia de Alfredo R. Placencia en Portezuelo fue desafortunada. Por principio de cuentas, de aquí salió de noche, si no huyendo, sí en secreto, como de Atoyac, Jamay y quizá Tonalá. Nadie diría hoy, cuando hay una placa en la iglesia nueva que recuerda la estancia de Placencia en Portezuelo, que el poeta experimentó tantas cóleras de los sencillos lugareños, cuyos descendientes hoy se ven pacíficos y amables. Pocos ancianos recuerdan las acusaciones que el pueblo lanzó contra Placencia y que originaron el cambio de éste a Jamay.

La orden de cambio, enviada por el arzobispo Orozco y Jiménez

¹ 1910.

nez, que hoy se conserva en el Libro de Leyes, nada dice del sordo antagonismo que llegó a sentir Placencia en el pueblo. Primeramente, se le ordena ir a Portezuelo el 7 de junio de 1912; y la carta de traslado a Jamay está fechada el 31 de julio de 1913. Placencia permaneció en este pueblo aproximadamente trece meses, tiempo suficiente para que casi terminara un nuevo templo. Pero suficiente también para que los pobladores criticaran la excesiva generosidad de Placencia cuando éste regaló un armonio comprado años antes por los portezueleños. Estancia de trabajo arduo e inútil.

Urbano Navarro Cortés (92 años)

El padre Alfredo R. Placencia fue quien hizo el templo que se cayó, el del lado derecho. En aquel tiempo lo que pasó fue que el otro templo, el que está al otro lado de la iglesia nueva, ya no servía, estaba muy cuarteado. Cuando el padre Placencia llegó a Portezuelo mejor quiso hacer este templo. Pero no sirvió para nada. Los albañiles le entregaron el templo con los muros diez centímetros más afuera de donde tenían que estar. Y cuando fue el carpintero para hacer las vigas del techo y se lo dijo al señor Placencia, éste, que era de genio fuerte, no dijo nada pero estaba que se mecía del coraje. Yo trabajaba con el carpintero y estuve aquí ese día. El padre se puso hasta colorado. Después él se fue de Portezuelo. Hasta creo que se fue por el corajón que hizo, porque en poco tiempo el templo se llenó de grietas. Yo así lo juzgué. Y ya no volvió. Nadie supo ni cuándo se fue. Y por cierto, aquí nos quedamos como quince días sin culto. “Mañana viene” y “mañana viene” y no volvió más. Y es que aquí el terreno es muy falso. Fíjese nomás en todas las casas. Todas están llenas de grietas. Y nos quedamos sin culto hasta que mandaron a otro padre.

Cuando vino el padre Placencia ya habían matado a Madero; aquí hubo movimientos pasajeros, pero el padre no tuvo dificultades de revolucionarios. Él nunca dijo que fuera porfirista, pero toda la iglesia fue del porfirismo, él ha de haber sido porfirista.

Era músico. A las muchachas las hizo cantar el rosario que aquí

nadie cantaba. Y las alabanzas. Fue muy recto. Era fuertecito cuando lo contradecían. A nosotros nos trataba durito. Aquí había monjas entonces. Cuatro o cinco que cuando vino el siguiente padre se terminaron.

Paulina Gómez de García (86 años)

El padre Placencia vino después del padre Aguilar. La cornisa del templo que él hizo la tumbaron después los cristeros cuando aquellos encuentros entre estos y el gobierno. En la iglesia tumbada mataron a varios cristeros. Yo estaba joven. El padre Placencia me presentó y me casó por el civil. Quería que me fuera a casar a San José Casas Caídas, mucho tiempo después de estar él en Portezuelo. San José Casas Caídas es un rancho a tres leguas de aquí; ahí estuvo el padre también. Duró tiempo. De ahí venía a decir misa. Luego se murió en Guadalajara. Me casé bien de cuarenta y más años.

El templo se cayó mucho tiempo después que se fue el padre de aquí, aunque se cuarteó cuando él estaba todavía en Portezuelo. Pero el lío del padre no fue por el templo que se cuarteó: fue por el asunto del armonio.

De aquí se fue a Jamay. Se fue de noche y a escondidas. Era muy amigo del sacristán de Guayabos, que ya murió. Aquí Placencia trajo a un profesor porque ese sacristán quería enseñar a cantar. El pueblo había comprado aquí un armonio chico y alguien regaló más tarde un armonio grande. Y un día Placencia regaló el armonio chico a la iglesia de Los Guayabos. Pero el pueblo se enojó mucho y fue y reclamó a no sé quién el armonio que ya estaba allá, porque les pareció que el padre no tenía derecho a regalarlo. Yo supe bien todo. Y a la mera hora tuvieron que devolver el armonio y lo pusieron otra vez aquí. El padre, del disgusto, se fue a escondidas y a media noche. Aquí no amaneció. Pasaron días y luego vino el padre Vargas. Para como era el padre Placencia, ya uno se imagina cómo se fue.

Cuando se fue y volvió a San José Casas Caídas, el padre Placencia venía porque no había misa aquí. Era genioso. Yo lo conocí muy bien porque yo le hacía todas las velas de la iglesia.

Cuando él estuvo en Portezuelo nadie le hacía casa. Nomás el sacristán Eleuterio Angula. También le hacía todo su quehacer, hasta le lavaba la ropa. A ese sacristán lo trajo el padre Aguilar; dicen que era raro. Era de San José de Gracia.

El padre Placencia era muy separado, muy violento, muy delicado. Sus órdenes se habían de cumplir. Nada de agraristas trató aquí en el púlpito; ni del gobierno.

Le gustaba mucho la música. En la fiesta del 12 de enero, que es cuando aquí se festeja a la Virgen de Guadalupe, él traía la banda.

Portezuelo no era más grande ni más chico que ahora. Sí, hay algunas casas nuevas por el rumbo de atrás de la iglesia. Pero es igual, como que no pasó el tiempo. Era así, como usted lo ve ahora.

JAMAY (1913-1914)

Según información de Vázquez Correa —que quisimos respetar en un principio—, el poeta de Jalos estuvo dos temporadas en Jamay, Jalisco. La primera del 10 de agosto de 1913 al 14 de marzo de 1914. La segunda, del 24 de enero a julio de 1920. Resulta revelador, sin embargo, que absolutamente nadie recuerde a Placencia en su estancia de 1920, ni siquiera sus más fieles amigos de Jamay. Todos la negaron rotundamente. Es falsa tal información; esa segunda etapa la pasó en Tonalá.

Las siguientes entrevistas hablan del padre Placencia, a los treinta y ocho años, en su estancia de 1913 a 1914, durante la Revolución. Los lugareños de Jamay logran darnos una imagen totalmente inesperada del autor de “Ciego Dios”, además de un lenguaje jalisciense de gran sabor.

Maximina Flores de Iñiguez

Era buen sacerdote. Pero con él no se ponía cualquiera. Andaba de noche cuidando el pueblo y al día siguiente en la misa decía lo que él

había visto y daba consejos y regañaba. Pero fue en Jamay en donde lo conocí, no en Ocotlán. Allá estaba yo recién casada.

Como confesor era duro, sí señor. Yo lo conocí rete bien. No era fiestero. Iba a su casa y ya. Yo no sé si viviría solo o con algún pariente. Vivía en su cuarto. Nadie lo veía salir a ninguna parte. Yo no era amiga del padre Placencia. Nunca me ha gustado hacer amistad con los padres. Soy muy ranchera para platicar. Ésas son cosas que se respetan. Él conocía a todo el pueblo. No se me olvida. Para dar consejos no he conocido a nadie mejor que él.

María Medina

Al padre Placencia le gustaba que hubiera fiestas. Yo sé bien que él se iba para aquel Barrio de Texas. Que cargaba hasta pistola. Así me lo vinieron a decir muchas veces. Bueno, no me lo crea. El padre tenía muchos amigos en el Barrio de Texas. En sus casas hacían fiestecitas y lo invitaban. Allá, por la calle Degollado. Y por ahí se le vio muy a menudo.

Señorita Lucía Sahagún

El padre Placencia iba a casa de mi tía Salomé González a que le hicieran las velas de la parroquia. Estuvo aquí en 1913, me acuerdo perfectamente. Era un sacerdote que hacía poesías. Yo era chica entonces y ya oía sus poesías que él decía allí en casa de mi tía. Ella lo convidaba a comer a veces.

El padre era un señor muy aseado. Ya para decir la misa él salía que le escurrían las gotitas de agua. Y también decía en la misa que a él no le gustaba ir a las casas a confesar enfermos si los encontraba desaseados.

Yo tenía once años cuando él estuvo en 1913. No me acuerdo para nada que él haya regresado en 1920. El padre Placencia era alegre pero no le gustaba en el templo que los niños se rieran o platicaran.

Y además era delicado, porque una vez le dio unos pistolazos a Roque Jiménez con la cacha de su pistola porque estaba hablando

mal de él. Y ese día él se fue sin que lo cambiara la iglesia. No lo cambiaron.

Yo no quiero decir nombres, pero había un señor que vivía con una señora en amasiato. Entonces ella se enfermó y fue el señor a llamarlo para que fuera a confesarla. Pero cuando ya la confesó, le dijo el padre al esposo: “Vente, vámonos pa’ arribita, ora pa’ arriba del cerro. Me voy a ir por aquella otra calle”. Entonces cuando ya estaban allá, le dio sus pistolazos y le dijo: “De mí no te burles. Porque tú vives con esa mujer y tú me fuiste a llamar. Te hubieras salido de la casa”.

El padre Placencia era muy cantador. Iba a la escuela y cantaba con las niñas de la escuela. Solamente hizo amistades con unas personas de un barrio que se llama de Texas. Pero esas familias ya murieron. Eran buenas personas. Les arregló una capillita que ahora está más grande. Era primero un jacal donde tenían diario a San Antonio, una casita arreglada con un altar. Por eso asistía allá, porque tenía el trabajo ése, entonces él hizo amistad con unas vecinas.

Cuando iba a la casa de mi tía a encargarle las velas y todo, yo le ayudaba a mi tía a planear. Nomás allí con mi tía platicábamos lo tocante a su trabajo: las velas. Leíamos. Yo era niña y ahí vimos muchas poesías que él le regalaba a mi tía; algunas escritas ella las guardaba. Yo no guardo ninguna. Mi tía ya murió y nada queda. No leíamos otro tipo de poesía. Nomás la del padre.

Él era muy celoso de la iglesia. Ese día que se enojó con esos señores, iba a haber ejercicios espirituales de encierro. Ya estaba arreglando todas las cajitas, las celdas, de los ejercitantes. Otro día iban a empezar los ejercicios y nomás él no amaneció. Yo ya no lo volví a ver en 1920. No es cierto que volvió.

Es posible que aquí él viniera con una hermana, pero no lo sé. No me acuerdo de su hermana. No me acuerdo cómo se llamaba ni sus facciones ni nada de ella me acuerdo. Porque entonces yo era niña, yo no frecuentaba allí el curato. Nomás me acuerdo que el padre estuvo en 1913. ¡Ah!, y hay una plaquita que pusieron hace

poco, seguro, ahí en el curato, donde dice: “En esta casa habitó el padre Placencia”. Pero no dice la fecha en que habitó. ¿Por qué no me preguntan a mí? y yo les digo en qué fecha. ¡No lo dice la plaquita! Así está, de este tamaño. El padre estuvo aquí nomás como seis meses.

Jesús Ortega

Placencia era buen padre. Tengo una idea como de que se había ido a Portezuelo después. Porque a mí me gustaba mucho el padre ése para confesarme. Y mi tía Basilia me decía: “Si te quieres confesar con él, vete a Portezuelo”. Allí estuvo. Que no haiga durado mucho es otra cosa. Estuvo en Portezuelo.

Me acuerdo bien del asunto del golpiado. Era Roque Jiménez, hermano de don Juan Jiménez, era de los de don Trino. Eran los dueños del portal ése que está orita enfrente de la plaza, tumbado. Ya murieron. ¡Roque era el más chico! Aristeo se llamaba el otro. Sí, era don Trino y era Aristeo y era Roque. A Roque no se le olvidó aquello.

Dominga Arévalo

¿Verdá, Jesús, que el padre Placencia era buena persona? Nomás era pues gustoso el pobrecito. Él se venía pa’ acá. Aquí encontraba abrigo seguramente. Y como el Barrio de Texas ha sido tan católico... Porque, lo que sea, ya de la plaza para acá está todo el catolicismo.

Mi marido les dirá con más exactitud. Al padre le gustaba venir-se a la capilla y se pasaba mucho en una casa en donde vivían dos muchachas que sabían cantar. Ellas le daban muy buen placer. Al padre le gustaba mucho oírlas.

¿Cree que un fulano hizo un boquete atrás de la puerta para espiar y luego sacó un decir? ¡Vea: sobre el santo padre y una de las muchachas! Sí, de las que cantaban. El hablador sería el novio, vaya usted a saber. Cuando sacaron aquel falso, mi suegro, Narciso Godínez, se fue a La Barca a dar fe y por poco y cuelgan al hablador. Al

que iban a colgar se llamaba León. Es de aquellos dos que vivieron enfrente de don Pancho Godínez. Diario fue muy maldito ese cristiano. Porque sí era muy maldito. No dejaba por ahí muchacha que no le hablara, y que las quería tratar y las quería agarrar y...

Mi marido, Agustín Godínez, sí conoció muy, muy, muy bien al padre Placencia. ¡Él sí! Al padre aquí lo quisieron mucho porque era muy buena persona. Mi marido me cuenta mucho sobre esas cosas.

Esas dos muchachas que cantaban ya murieron. Parientes no les quedan. Cuando aquello, mi suegro vio que era maldad de esos malditos por correr de aquí al padre. Él tuvo amistades con hombres, con muchos hombres tuvo amistades. Y nomás ahí pues porque las muchachas sabían cantar, ¿te acuerdas Jesús que sabían muy bien cantar? Venía: “Cántenme muchachas”, se sentaba en una silla, se levantaba y ya se iba.

Así me platica mi cristiano... que lo quisieron mucho, mucho. También mi padre Narciso: luego que se ofreció esa queja que dieron de él, luego, luego, se fue a La Barca. Le digo: yo meto las manos, yo me quemó las manos por el padre, porque eso es un falso. Y pasando el tiempo se supo por qué ellos habían agujerado la pared. Para echarle culpa al santo padre.

Agustín Godínez

El padre Placencia no era de esos que se dejan curar parados. Se animaba a entrarle. Era de metal, como que no tenía miedo. Nomás que... ¡pa' un ofrecimiento pues...! Porque ellos mismos han dicho pues que el que tiene su derecho, señor, ni peca. Y ahí tiene al padre Placencia, diario andaba con gente echando carambazos. Se le conocía que no tenía miedo.

Buen confesor, porque se confesaba uno muy a gusto con él. Porque en aquellos tiempos los padres eran duros y lo regañaban a uno, y hasta de repente le jalaban las orejas. No como ahora que todo está tan facilito. Entonces eran penitencias duras. Ora no.

Él era amigo. Y nos visitaba. Nosotros comíamos tortillas con

sal, porque estábamos muy pobres. Era un amigo fiel cabalmente. Cuando ya se fue, porque de aquí se fue destinado al Salto de Juanaatlán, mi papá lo llevó y lo acomodó. Yo también fui.

Un hombre cabal era Alfredo Placencia. Muy amigote. Y muy responsable de todas sus cosas.

Él escribía unos versículos. Todo lo que allí platicaba iba versadito. Hace poco que aquí hay un sobrino que estudió ingeniería y se recibió, y trae un libro del padre Placencia. De puras poesías.

¡Hombre, qué bueno que me haiga recordado al sacerdote ése! Muy alegre. Lo acompañaba una prima hermana mía, que era la que le hacía casa. Su marido se llamaba Nicanor.

El sujeto que abrió aquel agujero se llamaba León Galván. El padre de León le echó la culpa al padre Placencia, para que no acusaran a León. El padre Placencia se dio cuenta y fue con el obispo a La Barca y le pidió permiso para moverse. El obispo le dio permiso. El padre quería que le dejaran a León a él.

Mi papá, desde antes de que fueran a La Barca con el padre Placencia, le dijo al papá de León: “Mejor que se vaya León, porque lo va a matar el padre. Anda muy enojado”. El papá de León le dijo a mi papá que qué le podía hacer ese tal por cual.

El padre Placencia y mi papá volvieron de La Barca. Vinieron los soldados y amarraron a León para ejecutarlo. Mi papá le dijo al padre Placencia que detuviera aquello, pero el padre no le hizo caso, estaba furioso. Después todo quedó en el perdón del padre Placencia y no hubo muerto. Todos saben bien esto aquí. Mi padre estuvo presente en todo.

El golpeado era otro. Era uno que vivía con una mujer “nomás así”. Fue el padre a confesarla y la regañó: “¡Mira nomás cómo tienes la casa! Todo sucio y desarreglado”. Le dijo muchas cosas. El hombre sacó la pistola y le dijo al padre que nomás porque era padre no lo mataba ahí. Y el padre, ya ve cómo era, le dijo que se salieran de la casa y él fue el que le dio de cachazos.

Pero ya les digo: ese padre Placencia era todo un hombre. Con los pantalones muy en su lugar. ¿Valiente? Como nadie. Y celoso.

Bueno, hasta guapo era. Quién sabe en dónde está ahora. Ah, ¿ya se murió? Yo no lo volví a ver nunca. Mentira que volvió en 1920. Cuando se fue en 1914 ya no volvió.

EL SALTO (1914-1916)

Según la cronología clerical de residencias sacerdotales, Alfredo R. Placencia llegó a El Salto de Juanacatlán, Jalisco, el 14 de marzo de 1914. Encontré que, en uno de los libros de actas de la sacristía, existe el de bautizo de la niña Cirila, hija de Longino Rodríguez y María Centeno.

Resultó emocionante visitar las ruinas del viejo templo, sobre las que se edificaron ya algunos muros. En aquel sitio se abre hoy un patio y, bien conservada, se encuentra la pequeña capilla, hoy cerrada al público; para verla tuve que asomarme por algún ventanillo cruzado por telarañas.

Tras el sitio donde se encontraba el viejo templo, está la que fue la casa de Alfredo R. Placencia, demolida y vuelta a construir para que sirviera de presidencia municipal, de la que hoy sólo queda el plano de su piso original y las pequeñas escaleras de piedra que ascienden encontradas desde la calle hasta lo que fue la entrada.

Pocas personas en El Salto de Juanacatlán recuerdan hoy al padre Placencia. Para convencerme de esto tuve que realizar búsquedas inútiles también en Aguablanca y El Castillo. Fueron necesarios no pocos viajes a este municipio. En algún caso la persona a quien buscaba había muerto. En otro, había desaparecido y nadie la había vuelto a ver.

Las siguientes entrevistas nos revelan un periodo de calma en la vida espiritual de Placencia, después de la violenta etapa transcurrida en Jamay. En estos años Placencia conservó una modesta solidez de terrateniente, según se nos informará a continuación, y no tendrá otros problemas que los movimientos revolucionarios, especialmente algunas persecuciones religiosas realizadas por Carranza.

Poco antes de salir de El Salto, un vecino del pueblo, Guillermo González, me guió por una brecha muy accidentada hasta el rancho de Aguablanca. Encontramos la casa de las señoritas Josefina y Rafaela García Pérez. Josefina, quien nos recibe, es una de las damas de edad más hermosas que he conocido: esbelta, morena y dueña de unos ojos azulverdoso admirables. Pero nada recuerda del padre Placencia, salvo la certeza de que en esa época el padre tenía publicado un libro de poesía.

Señorita Josefa González

Sí me acuerdo del padre Placencia. De él siempre me acuerdo allá en el púlpito. Pero no, casi no me acuerdo. Cuando él llegó al pueblo era muy pobre.

Toda esa parte del pueblo es la más nueva. Lo más viejo está allá abajo. Desde 1886, la fábrica de hilados dio trabajo a los de allí. Después, una señorita que se llamaba Lola Bermejillo regaló el terreno para la iglesia, la presidencia municipal y el jardín nuevo de esta parte. Todo lo demás lo vendió a los obreros a quince centavos el metro. Imagínese cuánto hace de eso.

Cuando llegó el padre Placencia a El Salto era todavía bastante joven. Todo el tiempo que estuvo aquí habitó la casa que estaba detrás de la iglesia vieja, que era rete pobre. Lo asistió Lola Almeida. Su casa la derrumbaron después y ahí hicieron la presidencia municipal. Luego la tumbaron otra vez porque construyeron una presidencia nueva más allá.

No me acuerdo mucho del padre, para serle franca. No. ¡Hace muchos años!

Jesús Camacho Ascencio

El templo estuvo ahí. Más acá de la iglesia nueva. Sí, lo que usted ve. Eran nomás las paredes de adobe y un techo de láminas. La iglesia bien hecha estaba allá, en la parte de abajo; ésa era para los señores. Aquí no. Ésta era la vicaría, lo más pobre y, por eso, el padre no sacaba casi nada.

Hilario Martínez de la Torre

El padre Placencia llegó antes del padre Jesús Arias. Era buen predicador, ¡viera usted! Un día, el padre Nicho dijo que no tendría ni sacristán, y a partir de entonces las propinas sirvieron para la construcción del nuevo templo, ése, el que usted ve. Pero cuando estuvo Placencia no había gente para eso, la situación era otra.

Señoritas Mercedes y Guadalupe Díaz²

MERCEDES: Pues fíjese que recuerdo bien poco de él. Porque con él hice la primera comunión; yo no tenía más que seis años. No estuvo más que cuatro años aquí, ¿verdad?

GUADALUPE: Menos.

MERCEDES: Así que usted se imagina, ¡de seis años a nueve! Además, nosotras vivíamos en el rancho. Que el padre era un gran señor, eso aquí lo recuerdan todos, ¿verdad?, porque aquí mis hermanas me recuerdan que él les decía que, si el gobierno perdía del todo, mejor se quitaba el nombre y se iba de aquí; eso si era valiente en aquel tiempo. Estaba por venirse aquí la Revolución, ¿verdad?

GUADALUPE: Ya estaba. La de Carranza.

MERCEDES: La de Carranza. Mi papá lo estimaba mucho, tanto que Placencia le dejó unos libros, entre ellos un librito que se llamaba *Te revuelco*.³ Sería una obra escrita por él, no sé yo decirle.

GUADALUPE: No, son cartas que les dirigían a los protestantes.

MERCEDES: Y a mi papá se lo regaló.

GUADALUPE: El padre Placencia era porfirista.

MERCEDES: Mucho muy valiente. En cuestión de inteligencia, pues era bastante inteligente, eso lo recuerdan los antepasados, aun-

² Las señoritas Díaz Pérez y Josefina García coinciden al afirmar que Alfredo R. Placencia publicó un libro de poemas aproximadamente en la etapa en que estuvo en El Salto de Juanacatlán, es decir, entre 1914 y 1916. Hasta hoy sólo se tenían noticias de los tres libros de poemas publicados en Barcelona: *El libro de Dios*, *El paso del dolor* y *Del cuartel y del claustro*, todos aparecidos en 1924 bajo el sello de la imprenta de Eugenio Subirana. Este libro desconocido, si es que existe y se conservan ejemplares de él, vendría a mostrar tal vez poemas desconocidos o acaso versiones diferentes.

³ En el dialecto estudiantil de aquella época, revolver significa ganar ampliamente en una discusión.

que ya los muy viejitos. Ya nomás nosotros los ancianitos somos los que lo recordamos. Y luego, como los que tuvieron la dicha de tratarlo en un pleno apogeo donde supieron apreciarlo. Que yo, pues aunque con él hice mi primera comunión, ¿verdad?, ¿pues qué le recuerdo? Estaba una niña, era una niña. Luego ya estalló la guerra, él se fue de aquí. ¿Sería antes de la guerra?⁴

GUADALUPE: Durante la guerra.

MERCEDES: ¿Sería en 1912?

GUADALUPE: En 1914.

MERCEDES: ¡Medio siglo!

GUADALUPE: Pues no recuerdo, señor, pero estuvo poco tiempo. Cuatro años no los duró. Serían dos.

MERCEDES: En el catecismo también el padre les hablaba mucho a los niños, siempre aparte de criterios religiosos que debería él inculcarles, de valentía. Mucho, mucho hablaba de valentía. Y él siempre les hacía ver eso a ellos, a los niños. Les decía que siempre deberíamos ser unos cristianos completos y que no a medias. Porque el que es cristiano debe ser completo. “¡Bueno! Se los voy a decir —les dijo un día—, lo que se dice vulgarmente: traer los pantalones bien fajados —dijo—. Porque al que se le caen los pantalones ya no es hombre.” Y luego también: “Ser hombre no es cargar pantalones. El ser hombre es portarse como se debe, con un corazón bien puesto, bien formal”. Y a los niños les encantaba mucho eso. Y a inculcar la religión, ¿verdad?, en todo el sentido de la palabra. Y eso más. Le recordábamos, ¿verdad?, en eso que les dijo, eso se los dijo a los grandes en un sermón en el púlpito: que si el gobierno perdía, que él mejor se quitaría el nombre porque entonces estaríamos perdidos. ¡Claro que él sabía en qué se basaba! Porque entonces el ambiente iba a cambiar muchísimo. ¡Y cómo lo ha hecho cambiar! Era valiente, aunque aquí no traía pistola, como usted dice que traía en Jamay. Seguramente era cosa del mismo valor.

⁴ En las poblaciones jaliscienses cuando se habla de la guerra generalmente debemos entender que se habla de la Revolución.

GUADALUPE: Al menos que nosotras se la viéramos. ¡Sólo que la trajera oculta!

MERCEDES: Aquí fue un gran sacerdote. Tanto que yo, los consejos que me dio cuando iba a hacer la primera comunión, aún los tengo grabados. Y era una persona enteramente espiritual. Porque él hablaba, además de valentía, de una espiritualidad sobrenatural. Aunque todo santo se puede dar un tropezón. Ahí está el rey David, ¿verdad?

GUADALUPE: Aquí fue muy correcto, muy correcto. Amante de la Santísima Virgen. Cuando se fue de aquí, no, no el día sino el domingo anterior a su ida, subió al púlpito y ahí empezó a decirnos muchas cosas, ¿verdad? “Yo me iré a un lugar donde les guste que les hable de Dios. Aquí no quieren que les hable de él, porque este pueblo ha sido muy rebelde.” Y era cierto. Éste es un pueblo rebelde.

MERCEDES: Hay de todo.

GUADALUPE: Sí, hay que hablar con la verdad.

MERCEDES: Hay valientes cristianos...

GUADALUPE: ... y hay de plano arrastrados. Y él de esta forma habló: “Yo me iré a donde les guste que les hable, porque aquí no han querido que yo les hable y la iglesia, fíjense que nosotros somos los perros de la iglesia, y ay del perro que no ladre viendo el peligro”. Y ahí nos dijo un sermón buenísimo. Era muy buen orador. Me acuerdo qué bonito, ¿verdad?, como luego dicen: “Fulano, ¿fuieste al sermón?” “Ay sí.” “¿Qué dijo el padre?” “Pues muy bonito.” Y con tantos años que transcurren... Él le regaló a mi papá un libro de poesías que conservaba cuando él estuvo aquí. Poesías del padre. Pero como hemos andado para allá y para acá, en tiempo de la Revolución tuvimos que irnos, llevamos todo a San Pedro y allá todo se trastornó. No recuerdo cómo se llamaba el libro, pero nosotros lo teníamos. No, no es *Te revuelco*. Era uno de poesías del padre. ¿Pero en qué estábamos? ¿En que era muy bueno para predicar, verdad? ¡Ah! Y muy amoroso a la Santísima Virgen. Bueno a todo lo de Dios. Era muy piadoso. Todavía aquí, como le digo, en este sermón último que nos dio. Como nosotros veníamos aquí y nos

íbamos al rancho... En esto fue mi mamá y una tía a Guadalajara y se lo encontraron. Entonces allá él les dice: “¿Qué se les ofrece para Acatic?” “¿Va, padre?” “Sí, me voy. Ya me cambiaron.” “¿Ya lo cambiaron?” “Sí, ya me voy.” Y allá les dijo adiós a ellas, porque aquí no dijo que se iba. Él ya no volvió aquí. Volvió una vez al rancho, a un ranchito que se llama Aguablanca. Pero después de ahí ya no nos dimos cuenta.

MERCEDES: Él volvió esa sola vez con las García.

GUADALUPE: De allí nos volvió a llamar y nos dio otra explicación como catequistas. Éramos Hijas de María. Enseñábamos catecismo. Yo he de haber tenido unos 18 a 20 años porque nos recibíamos en 1913 de Hijas de María. Tenía el padre un carácter amable y al mismo tiempo serio. Una cosa así. Al platicar usted con él, era correcto, educado, se expresaba muy bien. Y al verlo así se pensaba en un hombre serio. Pero ya tratando con él era muy amable. ¿Decía un señor de Jamay que era guapo? Era muy, muy. Más que guapo era el señor. Era muy correcto de sus facciones.

MERCEDES: Era blanco.

GUADALUPE: Blanco, sí. Mira, aquí está retratado en el libro. No está bien. Y luego, cuando se fue, no nos regaló ni una fotografía.

MERCEDES: Aquí está delgado, más joven.

GUADALUPE: Ahí no era todavía sacerdote, yo creo. O sería recién ordenado. Por eso está así.

MERCEDES: Porque todavía cuando yo estaba chica lo recuerdo bien. Era blanco, chapeado, muy simpático.

GUADALUPE: En tiempos de la guerra usó bigote. ¡Se veía tan chistoso con sus bigotes! Sí, como los andaban persiguiendo, ¿verdad?, y para diferenciarse... Fue una época terrible, cuando Carranza y Villa. Ya cuando perdió Porfirio Díaz. ¿Quién quedó entonces? Madero. Fueron los maderistas los que lo persiguieron.

MERCEDES: Aquí le tocó el combate de Mier.

GUADALUPE: Sí, él lo pasó aquí... ¿Dicen que se veía raído cuando estuvo aquí? No, no es cierto. Y ni era raído. Tenía su haciendita. No era él pobre. Ni en su persona estaba él maltratado. No, nada.

Fíjese, sin embargo, que una vez que vino de allá de Acatic nos platicó: “Acabo de quedar pobre enteramente”. “¿Por qué, padre?” “Porque vendí mi rancho y horas después de entregármelo el valor del terreno dejó de valer el billete.” Entonces había de muchos billetes. Ya circulaban unos, ya circulaban otros, según el presidente. Perdía el presidente, y perdía el billete. Y luego dijeron que... ¿cómo se llamaba el colorado, cómo se llamaba aquel billete? A ése le dieron todo el valor, como a los billetes que tenemos ahorita de banco. Bueno, pues al entregarle a él el valor de su terreno... Nos dijo: “Estaba yo desayunando en mi mesa; había acabado de recibir el valor de mi terreno, cuando me llega la razón: perdió el billete su valor”. Su hacienda, su rancho, estaba en... ¿cómo se llama, tú? Arriba de Paredones. ¿Cómo se llama? ¿Tenochtitlán? No.

MERCEDES: Jalostotitlán.

GUADALUPE: ¡Jalostotitlán! Para acá para arriba. Y ahí en esa parte tenía él su propiedad. Y seguro que se fue. No platicábamos mucho. Desde antes. Pues veníamos nomás a misa y vuelta a nuestro rancho. El rato que lo veíamos más era en el templo. Allí estudiando la doctrina y luego nos daba unas explicaciones muy bonitas. A los niños. Y como no podía darnos explicaciones a las Hijas de María porque los soldados se querían llevar a las muchachas de la iglesia... Venía él precisamente aquí a darnos la explicación cuando unos soldados que dijeron, venían tras él: “Orita nos llevamos a todas esas que están ahí amontonadas en la iglesia”. No. Nosotras que somos viejas les podríamos enseñar a estos muchachos muchas cosas que no les enseñan en la escuela. ¡Aquéllas fueron cosas! Él era valiente y pudo pasar bien por aquello. Qué general ni qué nada, él era una eminencia. Entonces él llega y dice: “Muchachas, se va a suspender la explicación de la asamblea, porque ahorita venían unos soldados diciéndose...” Entonces, para eso puso la doctrina a las doce, porque era a las tres de la tarde. De modo que allí en la asociación nos hablaba de la Santísima Virgen y en el catecismo, del catecismo. Por eso. ¡Ay, se sufrió mucho en nuestro tiempo! El señor ahí sentado y mientras tanto perdía la hacienda, ¿qué le parece? Allá en ese rancho podrían darle mejores

datos. Nosotras realmente no vivíamos aquí, vivíamos en el rancho, en Aguablanca, veníamos a misa. Está a una hora de aquí, a pie.

MERCEDES: Y allí fue a donde volvió cuando él estaba en Acatic. Ahí fue a donde volvió.

GUADALUPE: A una casa en que vivían cuatro jóvenes. Y como éramos del catecismo...

MERCEDES: Igual que las muchachas.

GUADALUPE: Entre los hermanos había hombres y mujeres. A los muchachos los estimaba mucho. Allí había un señor que se llamaba Merced, otro Antonio, otro Ramón... y los estimaba mucho. Se apellidaban García Pérez. Me gustaría que viera a estas personas García. Viven en Aguablanca. Son unas ancianitas, una de ellas ya casi ni ve. Se llaman, una Rafaela y la otra Josefina García.

MERCEDES: Ellas le darán muchos más datos que nosotras.

GUADALUPE: Muchos más. No está lejos. A una hora de aquí. El camino está muy feo, y ahora los carros están muy bajos. Pero... ¡qué lástima! Porque allá nos presentábamos. Con todo y fama de matones. ¿No sabía usted de esta fama? Y de peleoneros. Hace poco que un sacerdote que teníamos aquí dijo en el púlpito: "Quítenle ya la fama a El Salto. No es posible que a donde quiera que uno va es lo primero que dicen. ¿De El Salto? Uh, puros matones". Qué raro que usted no haya oído hablar de esto.

MERCEDES: ¿De modo que muchas personas a quienes usted vio ya se olvidaron del padre Placencia? Pues nosotras no. Y es que nosotras aquí en esta casa vivimos de recuerdos.

GUADALUPE: Y vivimos tan felices. ¡Ay! Recordamos el tiempo de la Revolución. Recordamos las fiestas que teníamos. Recordamos... ¡bueno!, todo aquello. Y al señor Orozco, que era un yunquecito.

ACATIC (1916-1918)

El padre Placencia venía de El Salto de Juanacatlán y llegó a la población de Acatic, Jalisco, el 17 de noviembre de 1916, como cura

interino. No llega a una vicaría, como se ha dicho, puesto que ahí el principal centro eclesiástico se convirtió en parroquia desde 1910, como nos lo hizo saber el párroco de Acatic. Placencia inició sus funciones con un bautizo: el de Enrique Guerrero Gómez, el 17 de noviembre de 1916. Las clausura con otro, el de Gregario Aldrete Hernández, el 1º de mayo de 1918.

Acatic constituye, según lo que nos dejan adivinar las siguientes entrevistas, una de las temporadas felices en la vida religiosa de Placencia. Llega acompañado por una buena familia que había recogido en El Salto y que ahora da calor a su casa. Solamente recibe atenciones y simpatías de sus feligreses. Incluso se convierte en amigo del que pronto sería cacique de la región, don Abraham González.

La vida del modesto párroco se hace agradable por los paseos a La Barca, El Tepotzán y a las rancherías cercanas. Aquí nuevamente hay un grupo de muchachas que cantan, esta vez mayor. Placencia se transforma en un hombre amable, alegre y sumamente cortés. La estabilidad parece haber llegado a la vida del hombre, quien aparentemente avanza por la cuarentena con una suerte que no había tenido antes.

Jesús Plascencia Sánchez

El padre Placencia vino a Acatic con una familia. Esa familia no tenía madre, más que padre. Me parece que una de las hijas se llamaba Rita. Y un hombre que se llamaba... creo que Francisco; era el mayor. Rita era una muchacha grande, alta. Esa familia me parece que era de Cuquío. Por lo menos la familia ésa platicaba mucho de las gentes de Cuquío todo el tiempo. Estarían allá o habrían estado allá o serían de allá. Ya es difícil de recordar.

Fue un padre muy buena persona. Lo mismo que la familia que lo atendía, que venía haciéndole casa. Ahí vivían en el curato. Se portaron muy bien con todos.

Señorita María del Refugio Sánchez Reyes

Tenía aquí recogido... a un señor, que no era ni pariente... en tiempos de la Revolución. Él se recogió con esa familia de aquí que se llamaba... Espérese por favor. Rita es una.

El señor cura era muy amistoso, mucho, mucho. Le gustaban los paseos. Salía él. Me acuerdo que un día íbamos al Tepetzán, a paseo, toda la familia. Eran Rita, dos muchachos y el papá. Bueno, íbamos al Tepetzán, cuando el señor cura se encontró a don Abraham González. Rara vez comí con un hombre tan guasista, y el señor cura también. Bueno, nos la pasamos en verdad felices. A don Abraham le encantó la amistad del señor cura. A don Abraham aquí lo quisimos mucho todos. Bueno, algunos, porque hay de todo... Sí, mire señor, yo tenía veintitrés años. Ya trabajaba en la escuela. Ya tengo setenta y seis y estoy jubilada.

Era tan así que mire: yo no quería ir seguido a la casa del señor cura. Nos avergonzaba que fuera tan obsequioso. Me tocaba a mí recoger la limosna del mes de mayo. Íbamos y decía don Abraham a María, una amiga mía: “Vamos a entregar una limosna” (una limosna personal al señor cura Placencia). “Ay, señor cura —decía Pachita González siempre—, ¿cómo vamos a ir? ¿Si orita nos obsequia una cosa qué vamos a hacer? Nos da pena.” Nos dijo don Abraham: “Orita vamos a alterar eso”. Pero apenas llegamos y luego el padre dijo: “Rita, prepara la comida”. Y nosotros que no queríamos que nos ofreciera nada. Prepara la comida a esas horas y ahí tiene: nos quedamos a comer. Y ahí comimos con él. Después le dijimos: “Ay, señor cura, don Abraham nos instó a que viniéramos a esta hora”. “Qué gusto me da —dijo—. Me gusta simpatizar con él. Y que haya tenido muchas atenciones aquí en mi casa. Les agradezco mucho.” Y así fue. Seguido paseos al Tepetzán. Don Abraham ahí con él. Había fiestas ahí en el curato. Todas, reuniones familiares.

El padre Placencia y don Abraham González fueron mucho muy amigos. Había veces que había fiestecitas familiares. No pasaba de rompopo, de comidas, en fin. Y luego ya me decía don Abraham: “Mira, ya nos invitaron; ya no vamos a llegar”. ¡Pero siempre

estaba tan acostumbrado! Simpatizó mucho con el señor cura, ya le digo.

El padre Placencia no tomaba. Era como nosotros. Como es natural ahorita: copitas. En vez de vino, rompopo. De vino nada. De cerveza me parece que sí, en aquellas fiestas había cerveza, pero tampoco mucha. Pero el señor cura, de vino nada. Y yo tuve allí mucha amistad. Muy alegre. Agresivo no, por eso lo quisieron todos. Amistosísimo. Aquí nunca tuvo diferencias. Porque don Abraham sí se disgustaba... Con el padre Elías se disgustaba don Abraham... porque don Abraham era muy separado. Pero con Placencia llevó muy buena amistad. Y es que también estaba más joven don Abraham. Ya después con la edad, ¿verdad?, y fue diputado y quién sabe qué tantas cosas. Pero él estaba más muchacho, fogoso, y le gustaba andar para allá y para acá, en paseos, con sus familiares. Sólo familiares. En mi casa fueron muy delicados, y a mí nunca me negaron esas amistades y salía con ellos. Fíjese que nunca me dejaban salir a ninguna parte y una vez hicieron un paseo a El Salitre, hasta por allá. Fue el señor cura Placencia, y fue además un hermano de mi papá, porque mi papá no salía. Y me dejaron. Es que mi papá lo veía muy en orden.

Aquí ya no se notaba casi la Revolución en ese tiempo.

El padre no tuvo aquí propiedades. Murió muy pobre en Guadalajara. Mucho muy pobre. Me escribió y me dijo: “No tengo ni para lo más necesario del día”. Siguió escribiéndome hasta su muerte. Él ofició las misas de mi papá que murió. Y entonces fue cuando me escribió y se quejaba de que estaba muy pobre. Por ahí estuvo en una casa, no me acuerdo dónde ni domicilio ni nada. Tenía algunas cartas. Las entregué a Vázquez Correa, se llevó las que quedaban. Versos. Por ahí un señor de Guadalajara también tenía nomás esos. Me los dio en Tepatitlán, allá estaba yo entonces. “De viaje” se llamaba uno.

Mire, en *Del cuartel y del claustro*, allí encuentra muchos datos de su vida. Tuvo una hermana, se fue al convento, todo es cierto. Él nos contaba su vida. Ya no puedo retener todas las cosas en la me-

moria. Ahí hay muchos datos verídicos. El hermano murió en las montañas de Jerez. “Las montañas de Jerez” es una composición preciosa... En su casa hay un granado, y quién sabe qué tanto dice del granado.

Hermelinda Barba de Plascencia

Fue muy bueno aquí con toda la gente. Le gustaban los paseos. Iba a la barranca y a los ranchos donde lo convidaban. Traía a unas muchachas de El Salto. Eran unas muchachas y el papá. Los tres vivían con él. Ellas eran solteras. Una era muy joven; la otra, no.

Casi no conocí al padre Plascencia. No me gustaba hablar con ellos porque como yo soy ranchera... Él nos contaba que tuvo una novia. Creo que él era de Jalos. Y él quería casarse. Pero como no más él era de familia, los padres de él querían que mejor se ordenara. Y él por obedecer a sus padres se hizo sacerdote. Pero tenía una novia en Guadalajara a la que quería mucho. Y a ella fue a quien compuso los primeros versos. Ella se llamaba Josefina. Y después de que él se ordenó, que un día se la encontró en una tienda y ella pues muy pobrecita, seguro se casó con algún pobre; y él le preguntó dónde vivía y después dizque él le ayudaba a la manutención de los niños y de todo. Yo no conocí a Josefina.

Las muchachas que vivían en casa del padre, lo escondían en su casa, allá en El Salto, cuando la persecución carrancista.

Genoveva González viuda de Barba

Era una fina persona, Dios lo tenga en su verdadero descanso. Y un gran poeta. Fíjate, Cuca, *la güera*, me perdió mi libreta donde yo conservaba poemas del acervo. Unos poemas tan bonitos. ¡Qué Manuel Acuña ni qué nada! Yo he sido muy aficionada a leer.

Conocí al padre aquí, cuando radicó en el curato. Él en el curato y nosotros en la otra puerta.

Venía con una familia que se apellidaba Pérez. Este señor, nos contó un día el padre, en toda su vida pasada, que cuando la persecución de los sacerdotes, él estaba solo y no tenía ni quién viera por

él. Y esa familia, muy humilde, lo recogió en su casa, en aquel tiempo en que los ricos no promovían ningún trabajo, por la escasez de dinero. En El Salto de Juanacatlán, ahí era donde estaba él. Y que había días que iban y le decían: “Vienen a perseguir al señor cura y vienen a matarlo”. Y volteaba el padre y le decía al señor que figuraba como familia: “señor don Abundio, yo me voy a ir. Ustedes no tienen ninguna necesidad de sufrir algún contratiempo o golpes o que les quiten la vida”. “Que nos la quiten a todos.” Y se conmovía el señor cura, nos platicaba llorando: “Aquí estese usted señor cura”. Con tanto trabajo para darle de comer, que hubo vez que lo invitaran a pasar al comedor. “¿Y quién me va a acompañar?”, le decía. “Usted, señor cura, primero, nosotros vamos a hacer esto.” Sin quién, porque no tenían sino para él. Don Abundio Pérez, un viejecito que hasta me acompañó a mí a bautizar un niño. Y la familia se componía de una señorita Rita, ya grande. Otra de ellas era María. Y estaba otro que se llamaba Francisco y era zapatero, hermano de ellas. Y la mamá se murió de la pura bilis de cuando la Revolución. Así que el señor cura lloraba de acordarse con tanta gratitud de lo que había hecho esa familia por él. Bueno, se terminó todo, vino la paz y entonces nombraron al padre aquí. Y que le dice a don Abundio: “Señor, yo quiero que me acompañe”. “No, señor cura, no podemos. Fíjese, nosotros somos una familia tan humilde y vivir con usted.” “No me diga eso, don Abundio, no diga. Para que me honren ustedes, para que me den más valor, para que...” Bueno, lo levantó tanto como lo merecía el señor, ¿verdad? Con tantos afanes para darle de comer y enfrentarse para defenderlo, con tanto enemigo como tenían entonces los sacerdotes.

También yo le oí la historia de la novia que se llamaba Josefina. Pero no sé cómo se apellidaba. Lo tengo muy presente al padre. Hablaba con un lenguaje muy elevado. Un señor que nos dejó recuerdos muy gratos. Correcto. Muy correcto.

Aquí ya llegó muy pobrecito el padre. Y decía que había venido hasta a sudar. ¡Era tan afecto él a la broma! Estábamos todas tan gordas, muy coloradas. Y luego decía: “No más vea a Rita. No les da

pena a ustedes, miren nomás, ya todas las muchachas qué coloradas y qué gordas”, decía. Nosotros cómo venimos sacando la carne de la olla de por allá. Él llegó de El Salto de Juanacatlán. Si viera que —yo no es que me quiera elogiar— sí tengo buena memoria. Sí se me graban muchas cosas.

Y le gustaba que cantáramos. Nos invitaba a comer. Invitó a Abraham. Válgame, llegaba el día de su cumpleaños. Con aquella atención y aquel esmero que nos recibió a todos con aquellos ramos de flores. “Pasen, pasen, señor don Abraham. Cómo les agradezco.” ¿Qué era mío? Mi sobrino. Y entraba Abraham, por supuesto, pos ya con mucha familia. Ya señor grande. Nosotros somos de los González, de los fundadores, pero de las familias chicas; de las familias grandes era ahora don Vicente, don Cándido... Y resulta que llegábamos y con aquella atención: “Rita, tómeles las flores aquí a todas las muchachas”. “Voy a poner aquí en la ventana éstas.” “No, en la ventana no; aunque sea en jarras, si no hay más flores, con toda atención.” Y luego ya iban mi marido, el que fue mi marido; todavía ni trazas, todavía ni por aquí nos pasaba ni de noviar; tocaba muy bonito la guitarra. Las muchachas, mandolinas. Había otro también, Dios lo tenga en paz, tocaba violín. Y se formaba una orquestita de pueblo, ¿verdad? “Muchachas, yo conozco algo de su repertorio.” “Con confianza, señor cura. Díganos cuál canción va a querer.” “Pues yo oigo como dicen de una canción que se llama ‘Una realidad’.” Ésa le gustaba mucho. Y tengo tan presente qué dijo ese día que se la cantamos, el día de su santo: “Como dicen en el rancho, qué canción tan sentimental”:

¿Por qué fingiste
que tanto me amabas,
tus dulces promesas
que el tiempo borró?
¿Por qué me engañaste?
¿Por qué me fingiste
palabras de amor?

La luz tiene sombras,
las flores espinas,
la infancia sonrisas,
dolor la vejez,
el viento gemidos,
el aura sollozos
y van siempre unidos
el mar y el final.
Mañana es olvido
lo que hoy es amor.

El padre Placencia era cantador. Y todas cantábamos; como veinte. No éramos Hijas de María. Amistades nomás. Era muy alegre. Se divertía. Y luego nos hacía bromas de los novios. “A mí se me hace que Vevita tiene un novio tan feo. Me dicen que tiene un novio cucaracho muy feo, feo.” ¡Y a mí entonces me daba tanta vergüenza! “Ay, señor cura, ¡cómo es! No tengo novio. Ni tengo novio.” “Mmmh, eso dice, pero yo sé y yo me doy cuenta cuando se acerca ahí a la puerta o a la ventana.” “Mire, señor cura, me da pena desmentirlo pero no.”

Decía que no era bueno que las muchachas fueran a los bailes. Pero aquí no había bailes. Nomás había música y cantaban y tocaban.

Luego tengo muy presente el principio de aquella esquela: “Señor Abundio Pérez, muerto ante la faz del mundo, pero no en el corazón del señor cura Placencia. Su recuerdo. La gratitud.” Por ahí tengo la esquela. Como un recuerdo. Don Abundio, que les hacía casa, murió en Tonalá. En esta fotografía el padre Placencia sí está joven. Cuando vino él estaba más grande. Tenía canas. Era blanco y chapeado. Pero sí tenía muchas canas. De esas personas que trabajan mucho con la mente y se envejecen.

Todavía recuerdo algo de un poema que me regaló el padre:

Dicen que las estrellas,
esos astros peregrinos, sollozos, anatemas...

Se sentaba la puerta del cuarto a veces y me decía: “Vevita, a ver, dígame uno de sus poemas especiales. Vevita, ¿le gustan a usted mucho los poemas?” “Sí, señor cura.” Me decía yo: ¿Sabe Dios y no le gustan? “¿Cuáles le gustan mucho? A ver.” “Cuántos hay que cansados de la vida, enfermos de pasión, muertos de tedio...” “Muy bonito el poema.”

Blasa Morales López

A ver, déjeme acordarme. El padre Placencia cuando estuvo aquí, fue cuando murió Marcos de Alba. Se murió Marcos de Alba y él se había ido a un pueblo que se llama Atoyac a predicar. Se fue un miércoles de ceniza. Luego, me dijo Marcos que luego que llegara el señor cura que le hiciera el favor de hablarle para que los tomara de manos a él y a mi comadre. Luego luego, esa noche murió él. Ya no pude hablar con el señor cura. Porque el señor cura vino hasta la madrugada. Ya no pudo hacerle nada. Ya se había muerto.

Vino una señora de Temacapulines, que era amistad del señor cura Placencia. Se llamaba Rafaela, pero no sé de qué se apellida. Pero se casó y enviudó y traía un niño, un muchachito ya grande. Eso es lo único que me acuerdo de él. Pos no, con eso de que no amistábamos con los padres. Del señor cura Díaz sí tengo retratos. Del señor cura no tengo ninguno.

Era un confesor blando. Yo tenía treinta y cuatro años. Sus prédicas no eran melosas. Eran opaquitas. No era como otros sacerdotes que son tan fuertes para predicar. Pero sí hablaba bonito.

Cuando él estuvo todavía no había Revolución. ¡Ey! Sí había. Ya me acordé que sí había. Porque cuando se murió Marcos fuimos a decirle a don Tino de Alba. Y estaba de defensa, ahí en la casa de don Cándido; y acá en el juzgado, estaban unos encarabinados. Porque decían que iba a entrar Trujillo, uno que venía de Tepatitlán.

Cuando llegó aquí el padre Placencia no se veía que fuera de comodidades, ¿verdad? No se veía que fuera tampoco pelado. Era más o menos. Era blanquito, cara redonda, más feíto que guapo, no-

más era blanquito, gordinfloncito. Era indiferente, no tenía simpatías de facciones. En su trato era decente.

TONALÁ (1918-1920)

La verdad sabe ser cáustica y fría
“La franca inmensidad”

Quiero [...]
[...] una tremenda inmensidad de olvido
“Mi Cristo de cobre”

Placencia llegó a la parroquia de Tonalá el 18 de mayo de 1918 como cura interino. Firma su primer acta hasta el 3 de junio de ese año: bautizó a la niña Juana Ponce Sánchez. Y firmó por última vez un acta cuando el presbítero Pascual López, con permiso del párroco, bautizó y ungió santos óleos y sagrado crisma a la niña Eulogia Rodríguez Vizcarra, el 24 de enero de 1920.

El poeta se enfrenta en Tonalá con una de las experiencias más duras de toda su vida. Pero a pesar de las claras evidencias que aún creemos encontrar en estas entrevistas, después de pensarlo detenidamente, caeremos en la cuenta de que observamos sólo el exterior de un episodio en la vida del autor del “Ciego Dios”.

Josefina Cortés, personaje sencillo y nebuloso, ya definitivamente ligada a Placencia, será arrastrada en Tonalá por las malas lenguas. Ella, según varios de los entrevistados, desapareció de ese pueblo al mismo tiempo que Placencia. Después, todavía, será la destinataria del poema titulado “Viendo a la inmensidad”, escrito en Long Beach (1923). Esta mujer, velada hasta hoy por una preferible niebla de leyenda, recibió en poema la siguiente dedicatoria: *Para Josefina Cortés, en mis horas amargas del exilio.*

Cualquier lector adivinará a una pareja separada siempre por los Montesco y los Capuleto de lo seglar y lo religioso. Alguien nos in-

formó que Josefina Cortés fue al fin la heredera del poeta, pago bien pobre y amargo de un afecto desdichado. Mujer que, a pesar de quienes han querido borrarla, queda para la historia. Josefina Cortés dio a Placencia un hijo: Jaime Cortés. Es ahora cuando Placencia, humanísimo al fin, me recuerda por momentos a un Lope de Vega atormentado e incapaz de sostenerse intachable por más tiempo.

Ángela Cervantes de Aranda

El padre Placencia era bueno, prudente, consejero. Era aquel alto, quebrado de pelo, de ojitos chinos él. Mire, señor, por ese tiempo yo me casé en Arroyo de Enmedio. Pero sí me acuerdo de él, cómo no me voy a acordar. Fíjese que no le gustaba pero nada que las señoritas fueran a los bailes. Era prudente y no regañaba, pero bien que amonestaba. Nos amenazaba con no confesarnos si íbamos al próximo baile. A veces las muchachas se aguantaban de confesarse hasta que el baile había pasado. Era muy caritativo. Aquí recogió a una señora con sus niños. Amistaba con todas las personas. Muy cumplidor. Trataba lo mismo con los ricos y con los pobres. Y era muy entusiasta. Duró poco.

Aquí hubo gentes que le querían seguir un mal al padre Placencia. Porque no faltaban los que perseguían a los padres de la iglesia. Ahí tiene al padre Salvador Flores: lo mataron con un verdugillo. Él volvió a media noche y no le quiso decir a nadie que venía herido. Pero a mí me lo contó Lucita, la que le daba asistencia.

El padre Placencia tuvo que pasar cosas feas. Aquí decían que el niño de la señora que él había recogido era de él. ¡Bueno, decían! Ya usted sabe, esas cosas. Los que no lo querían buscaban hacerle algún mal por culpa de esa señora. El nombre de ella, Josefina Cortés. ¡Hace tantos años!

Se me hace que el obispo lo cambió. El padre Placencia, cuando alguien lo acusaba y le decía algo, nunca quiso defenderse, él se calló siempre. Y la seguía ayudando. Parece que muchos quisieron que el padre Placencia se fuera de aquí. Hasta que se fue.

Tomás Escobedo López

Yo era cantor en la parroquia Santiago de Tonalá cuando él llegó. La atendió bien.

Creo que también era músico. Porque en una ocasión, cuando yo tenía formado un coro de niños, quiso que en el otro templo, el del Santuario, le cantaran alguna cosa. Llevó a un señor sacerdote, empezaron los muchachos con su papel y cantaron. Y decía el señor Placencia: “Los reyes, los reyes”. Como que los niños eran los reyes del coro, del canto, diciendo que los muchachos podían desempeñar aquella misa.

El señor vino de Atoyac. Lo pidió el monseñor, aquel doctor Méndez, Leopoldo Méndez. En aquel tiempo Tonalá era muy pobre. Fue cuando la fiebre española. Se morían las gentes de un hilo.

El padre Placencia vino aquí con un señor que se llamaba don Abundio. Aquí se casó la hija de don Abundio, María; viven su marido y su descendencia: Rita, quien atendía al padre, parece que dijeron que había entrado al monasterio, de monja; y Francisco, que se fue después, puso un comercio, junto a una cantina, ya cuando el señor Placencia se fue también de aquí.

Conocí a Josefina Cortés. De su familia recuerdo a Perfecto y sus hijos Manuel y Nicho. Y a José. Había entre ellos algunos músicos, primos de Josefina. Nicho no era músico. También había dos muchachas, buenas muchachas, que no volví a ver. Se fueron todos a México. Uno toca en una orquesta muy conocida. No me acuerdo en cuál.

Cuando se acabó la familia de don Abundio, Josefina estuvo ahí y se fue con el padre. Así se dijo. Así como vinieron esas gentes con el padre Placencia, así se quedaron con él éstas. Hasta la fecha no sé si vive Josefina. Ella no tenía familia chica; aquí no tuvo ni una criatura que yo me acuerde. No sé cómo era el carácter de Josefina. Me acuerdo que llegó a estar con el señor cura. Cuando ya lo cambiaron de aquí se fue ella también. Así supe yo que se había ido con él a San Pedro. El chisme fue con ella. Pos como la muchacha era agraciada, no sabe uno.